

La Gaceta Literaria

iberica: americana: internacional

LETRAS ARTE CIENCIA

Año VI Madrid, 15 de Febrero de 1932 Núm. 122

Redacción y Administración:
PRINCEPE DE VERGARA, 42 y 44
Dónde debe dirigirse toda la correspondencia
Se reciben suscripciones
en las principales librerías

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMENEZ CABALLERO PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

40 CENTIMOS

SUSCRIPCION
ANUAL...
Espana - Pasaje del Convento postal Hispano americano... 1,50 pes.
Extranjero... 10,00 —
ANUNCIOS DE
TARIFA.....
75 cts. la línea del cuerpo
Polizas de suscripción
Descontos: trimestre, 20
semestre, 35
anual, 50

El Robinson literario

de España

(o la República de las Letras)

Núm. 6



Número especial

redactado íntegramente

por Ernesto

Giménez Caballero

Mi Peña Pobre

Llega mi Rocinante al final de esta sexta etapa. Camino y penitencia que yo, Caballero de la Triste Figura, me impuse y prefijé hace ya medio año.

El rincón es apacible. Al pie de un peñón tajante, a cuya falda corre un manso arroyuelo, y en cuya redondez verdea vicioso prado con muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores.

¡Este es el lugar, oh cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto!

Desnudo, en carnes y en pañales, me subo sobre la punta de la alta peña.

Y allí torno a pensar lo que otras muchas veces he pensado durante el curso de mi sofocada marcha: si me estará más a cuento imitar a Roldán en sus locuras desaforadas o al gran Amadis en sus melancólicas.

El valiente Roldán, de su pesadumbre por causa de brujos y embaucadores, volvió loco y arrancó árboles, enturbió las aguas claras de las fuentes, destruyó ganados, abrasó chozas, mató pastores, arrastró yeguas e hizo otras mil insolencias dignas de encarnar, andando los siglos, en aquel nuevo caballero andante, gloria de Premukino, don Miguel de Bakunin. ¡Ah, don Roldán Bakunin! ¡Tentador Destino anarquista! Pero el Destino del gran Amadis no me seduce menos.

Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes caballeros a quien debemos de imitar en rigor todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor fué cuando se retiró, desdénado, a hacer penitencia en la Peña Pobre, mudado su nombre en el de Robinson, nombre que significa "el Bel Tenebroso", el Noble Tenebroso; muy propio para la vida que él de su voluntad había escogido.

—Paréceme a mí—díceme un amigo Sancho—, paréceme a mí Caballero de la Triste figura, que aquellos andantes señores que las hicieron tuvieron causa y fueron provocados para sus penitencias. Pero vuestra merced, ¿qué causa tiene para volverse Triste?

—Ahí está el punto—respóndole yo—. Y esa es la fineza de mi negocio. El toque está en desatinar sin ocasión. Y en dar a entender que si esto hago sin provocación aparente, ¿qué haría ante mi Dulcinea, si esas bellacadas fueran directas?

¡Viva la memoria de Amadis! El cual se retiró en la Peña Pobre y allí se hartó de llorar y de encomendarse a Dios hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad.

*Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre risas y entre breñas
halla el triste desventuras.*

—¡Por amor de Dios—sígueme diciendo ese amigo Sancho—, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas! Que puede tropezar en tal peña, tan dura que se le acabe toda la maquinación de esas penitencias... Y si, a pesar de todo, insiste, y cree necesario para su vida y fortuna darse tales disgustos y zapatetas, ¿por qué no lo hace contra cosas blandas como el agua o el algodón? Ya que todo esto es fingido, contrahecho y de burla...

—Yo agradezco esa buena intención, amigo mío. Mas quiero hacerte sabedor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera sería contravenir a las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, so pena de relapsos. Y el hacer una cosa por otra es lo mismo que mentir.

—Pero, ¿quién es vuestra Dulcinea, señor Caballero Triste? Que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, y pensaba que debía ser alguna princesa o alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado.

—Ella, es, amigo mío, esa moza que por el pueblo la llamaban España.

—¡Ta, ta! ¿La hija de Lorenzo Corchuelo? ¡Oh, hi de puta y que rejo tiene! Ya lo creo que la conozco. Todos la conocemos en el pueblo y nadie la habíamos tomado por princesa ni señora reina... Con que más para hincar las rodillas ante ella...

—Pues a ella habrás de llevarla ahora mismo, ¡y déjame en mi peña pobre y solitaria! esta carta:

Soberana y alta señora: El herido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, te envía la salud que él no tiene. Si tu hermosura me desprecia, si tu valor no es de mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Si gustases de acorrerme, tuyo soy; y si no haz lo que viniere en gusto; que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo. Tuyo hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura.

¡Camina ese mensaje a su destino, amigo mío! Y déjame ya en mi penitencia, que el sufrir me empuja a mayores sufrimientos!

Abandonóme mi amigo. Y ya en tenebrosa soledad, sobre esta mi Peña Pobre de la sexta etapa, doy al aire los tumbos y zapatetas que me autorizan mi dolor y mis carnes en pañales.



Aparte--ca. i definitivo--sobre Azaña

He llegado a tomar afecto histórico y literario a Manuel Azaña, presidente del Gobierno de la República. Ello se debe, sin duda, a haber sido yo su único compañero de letras que le ha dedicado atención intelectual, estudio y atención de espíritu. A haber dibujado con paciencia su figura, siguiéndola con cautela, goma de borrar, diáfono y carbón. Al cerrar este primer ciclo del Robinsón me complace constatar que mi teoría totémica de la República se va realizando en Azaña.

Poco a poco la máscara totémica va cayendo de su faz sibilina. Poco a poco va teniendo Azaña menos pavor a reconquistar con la cara descubierta el puesto sacro del Urvater, frente a la fratria resignada, fatigada y más cobarde.

Su decisión fría; su pulso firme; su política silenciosa, tajante y serena; su ley de Defensa, casi personal; su superación de obstáculos gubernamentales; su fortuna; y hasta su estilo, hace que el nombre de Azaña empiece a correr por las bocas atónitas con algo ya vagamente legendario, familiar y secretamente querenciado desde hace unos años. A su lado, todas las figuras restantes de estos primeros momentos republicanos van quedando preteridas, minutas, borrosas, alejadas. En Manuel Azaña apunta sencillamente: un Hombre. Un Jefe. Y tal vez un nuevo Urvater, si logra integrar las últimas reñillas de tribu, sin inclinarse a un lado ni a otro, con justicia santa y severa. El día que venza Azaña al dragón socialista, podrá decirse que entra en un plano superior de política: y que su partidito de Acción republicana podrá llamarse auténticamente de Acción nacional.

Yo no había visto a Azaña desde antes del 14 de abril. Me lo encontré la otra tarde, en un restaurante silencioso, elegante, apartado, solitario: a la hora del té. Le acompañaba Luis Bello, con su sonrisa misericordiosa y buena. Y ahora, además, alegre y triunfante. Justamente Bello, el comensal que nos acompañaba a Azaña y a mí en nuestro último encuentro del vagón restaurant de Barcelona.

Les saludé con emoción y les estreché la mano. Estaba más viejo Azaña. Pero de su faz--según Ortega, "triste y agria"--se había evanescido toda tristeza y acritud. Y una vaga aureola de serena majestad la ungía. Esa misma serenidad noble que se observaba a Primo de Rivera en sus últimos tiempos, y que debe ser no más que el efecto de mirar todo el alma de un país reflejarse minuto por minuto en la conciencia.

Ahora que republicanos y antirepublicanos combaten con saña toda suerte de jefaturas, ¿no sería el momento de recordar el destino superior del país y la vigilancia del hombre más jefe hasta ahora de todos los surgidos?

No repitamos la triste historia de aquel otro Urvater. Que por pequeñeces teóricas se le abandonó, se le negó colaboración, se le asesinó poco a poco. Si no queréis a Azaña, asesínadle de una vez, muerte gloriosa. Pero si Azaña ha de encarnar cada vez más del destino nacional, ¡presentad las armas, españoles!

Contactos universos

Polo Norte.—"Yo también soy un Robinsón liliputiense, destinado a enseñar la lengua de Cervantes entre los esquimales, mis compatriotas." Con estas y otras amables palabras me manda el señor Porhallur Porgilsson su gramática hispanoislandesa. Mil gracias. ¡Qué difícil hablar en polonórdico! P. ej.: "Chófer, lléveme a la estación del Norte." = "Bilstjóri, akio meo til N. jarnbrautarstoovarinnar.")

Tropico.—¡Qué hermoso poema pasó por Madrid con el film *Tabú*! Y a propósito de Cinema: me complace infinito ver que el señor Gil recoge en *Popular Film*, de Barcelona, mi reforma radical de la crítica cinematográfica. ¡Abajo lo gacetillero! ¡Verdad?

Centenarios, jubileos.—El mundo ha festejado a Goethe. Yo tenía preparada una conmemoración goethiana. Pero ¿dónde publicarla rápidamente? Aquí ya no me cabe. También se ha recordado una efeméride de Beaumarchais. Hegel ha merecido ser revocado en España por Ortega, F. de los Ríos y Zubiri. (En Alemania el Hegelianismo comenzó a renacer desde 1905. Desde el estudio de Wilhelm Dilthey. En estos días, el profesor de Kiel doctor Richard Kroner ha precisado lo que el pensamiento actual del mundo debe a Hegel.) ¿Y a Blasco Ibáñez? Algo se deberá a Blasco Ibáñez cuando varios diputados constituyentes de España acudieron a Mentón a pasar unos agradables lutos costazulenses. ¿Por qué la República no trae a Blasco--según propuse yo a raíz de su muerte--a nuestro Panteón de Hombres Ilustres? ¿No le hubiera salido a España más barata y popular la visita a su tumba? Otro jubileo es el dedicado al gran novelista belga Franz Hellens por numerosos amigos y admiradores internacionales. Me sumo a ese homenaje, amigo Hellens.

Ciencias Naturales.—Después de leerme atenta y emocionadamente el segundo volumen de la "Historia de las teorías biológicas", de Em. Radl (*Revista de Occidente*), constato que no hay un solo nombre español en esa Historia que va desde Lamarek y Cuvier hasta los novísimas concepciones de Driesch. Sin embargo, ahora se quiere festejar aquí a Mutis. ¿Fue el que pintó unos dibujos de almohadones vegetales, que enseñaban religiosamente en el Jardín Botánico? España en eso de las Ciencias Naturales sigue haciendo mutis. Nuestros naturalistas siguen haciendo historia de biología personal. ¡Como en España no existe otra Naturaleza ni otros Organismos que los oficiales! ¡Qué van a descubrirnos! ¡Enchufes?

Música.—Se habla mucho de un Teatro Lírico Nacional. A don Fernando de los Ríos ya le sacan por ahí los semanarios satíricos con una guitarrita de peteneras. Andan de acá para allá músicos y danzantes. Se prueban voces de efobos universitarios. (Entretanto veo la sonrisa callada, sabia y socarrona, volátil, de un Adolfo Salazar, con su magnífica labor cotidiana e informativa de años, sentado en una butaca, esperando aplaudir. Veo al gran Rodolfo Halffter soñar conque el Teatro de la Ópera va a ser todo suyo. Y veo a Titta Rufo que se ha constipado en Madrid.)

Problemas del Libro.—Quisiera reseñar varios libros y temas sobre el Libro. Me debo limitar a citarlos, por ser este un escrito que no hallo ya sitio donde alojarlo. Véanse "Los problemas del Libro en lengua castellana", de José Venegas, libro utilísimo y eficaz, con grandes puntos de partida y llegada. Véase "El Libro y la Imprenta", de F. Beltrán, el gran epicúreo del libro, el simpático, venerable, famoso librero de la calle del Príncipe. Véanse las declaraciones que Morand ha hecho recientemente en *Les Nouvelles Littéraires* sobre el libro francés en Chile, declaraciones que nos deben abrir los ojos.

Arдор.—En las ediciones de Poesía (Paris), ese verde "Arдор" de Jorge Guillén. Jorge Guillén o Poesía de la Dictadura. Poesía Pura. Pronto insistiré en esta tesis, tan

fundamental para nuestra historia de la lírica española. Advirtiéndole que no es peyorativa, ni para el grande y exquisito Guillón, ni para el régimen que logró encerrar a la lírica en la última y suprema cárcel del Yo.

Superrealistas.—He recibido ya tres circulares para que una mi protesta al *Affaire Aragón*. Aragón metido en la cárcel por atentado lírico a la sociedad. Protesto desde aquí contra la Policía. Pero protesto contra la hipocresía de defender a la lírica de lo político. La lírica es el género más político de todos. Yo pido que se saque a Aragón de la cárcel, o que se le guillotine. O bien que se guillotine al autor de *L'Amour et la Mémoire*, últimos poemas terribles de Salvador Dalí.

Los Hunos y Brion.—Brion nos lo ha descubierto hace poco, una *Hora de Lefevre*. A Brion le conocíamos ya todos los escritores del mundo. Su labor universal y selecta es ejemplar. Tengo su libro *los Hunos*, Vida de los Hunos, recién leído. Brion escribe lo mismo de bien sobre los Hunos que sobre los Otros.

Cataluña.—De la Dictadura a la República, recolección de ensayos últimos de Juan Estelrich. Librería Catalonia. Con recomendación de amigo, este libro, a los lectores castellanos.

La greguería, ¿género judío?—Así viene a sostener M. J. Kahn en un estudio sobre Yehuda Halévi. La greguería es como el *Schalom* judaico.

Serenata Celeste.—Enrico Cavacchioli, autor de *Serenata Celeste*, finísima novela--paisajes psicológicos milaneses, venecianos--está entre nosotros. Hace poco meteorizó al gran Leo Longanesi, dejándonos fugacísima memoria.

El Orden Nuevo.—Mariategui ha analizado en *Plans* (11) la concepción filosófica de Eugenio D'Ors, reconociendo en este especulador hispánico un gran fundamento para la marcha de *l'Ordre Nouveau*, den mund. ¿Será nuestro Vives? D'Ors cursa ahora en Valencia un *Vives* de cuatro lecciones.

Greco y Pascin.—Magnífico, magnífico, magnífico, caro Cassou, ese *Greco* en Rieder. He visto que se lo comentaban a usted en Francia junto a un estudio de Pascin hecho por Morand. ¿Sabe que Pascin era un sefardí llamado *Pincas*? Yo sé bastante de este admirable *Pincas*, y escribiré un día sobre él.

Ocerin.—Tenemos a Ocerin entre nosotros. Su pasito de chino. Su sonrisa de japonés. Su mirar volteriano y franciscano a la par. Su voz que parece siempre emocionada. Su gran saber del mundo católico. Veinte siglos de Iglesia le contemplan--piramidales--a Ocerin. Recuerdo su conversación exquisita cerca de las cascadas de Isol, delicia y mármol de Villa d'Este en Roma. ¡Ah, nuestra Roma, Ocerin, bajo este cielo románico madrileño!

Danvila.—Se marchó Danvila. Buenos Aires. ¡Adiós, Danvila! --Adiós, Giménez Caballero. ¡Mándeme esos Robinsones! Sí, sí... ¡Piiii...!

Pero me ha dejado Danvila los dos tomos de *El triunfo de las lises*. Que es el último triunfo de Alfonso Danvila.

Sánchez Mazas, redivuelto.—Tras la sombra vaticana de Ocerin, la redivuelta de Sánchez Mazas, que reanuda su periodismo, no en *A B C*, sino en *El Sol*, bajo el seudónimo de Javier de Icazo. Por cierto que el amigo Rafael ha traído de su viaje una furiosa dentera contra el pobre Robinsón Crusoe. Ya he reiterado que el mito robinsonico, por su anglosajonismo, me es antipático. Pero la fortuitud de haberlo adoptado circunstancialmente en esta desierta España me obliga como a defenderlo con afecto. Por tanto, una cosa debe quedar en claro, tornátil Sánchez Mayas: y es esa nobilísima de que Robinsón no fue nunca: ni cobarde, ni venal, ni traidor. Por eso Inglaterra le consideró como un caballero nacional, y los niños anglosajones soñaron en su figura como se sueña en los mitos puros.

¡Ahí era nada! Soportar la soledad virilmente, recreando su mundo, y sin miedo alguno de brujas, hombres, serpientes y otras sabandijas!

Los anteojos



Las casas vacías.

Mientras el Parlamento decide la felicidad hispánica, los balcones de Madrid se llenan de esas palomas fatídicas que son los papeles blancos del desalquiler, de la evasión de inquilinos. Parece Madrid un mar empalmillado, predecesor de galernas. Yo no he visto Madrid nunca en un estado más terrible de huída que ese silencioso e implacable de los balcones desiertos. Quizá sea ese el síntoma más brutal de que en España está sucediendo algo abismático. Creo que pasan actualmente de 30.000 los cuartos desalquilados. Lo que supone lo menos ciento cincuenta millares de gentes desaparecidas, evacuadas. ¿Adónde?

Madrid, castillo famoso, va quedando desartillado, desmantelado, como un campamento en derrota. Pasear por Madrid va siendo cada vez más pasear por un cementerio. Cada casa, una lápida. Cada lápida un "sic transit". Y en torno a esta desolación, nutriéndose de esta descomposición: los cuervos enchufistas. La gusanera de los sin trabajo.

¡Abajo la guerra imperialista!

En muchas tapias madrileñas va campeando un letrero rojo, verdaderamente sorprendente: "¡Abajo la guerra imperialista!" Este letrero, tiznado en una tapia japonesa, francesa, inglesa, italiana, o hasta rusa, tendría algún sentido. Pero ¡en una tapia del Madrid actual!

Hasta nuestros comunistas son ya quijoteros. Han tomado por acorazados las reformas de Azaña. Necesitan ser ya pedantes y fantásticos, nuestros madrileños comunistas, para trazar ese rojo grito de alarma. Prefiero ese otro que he visto en una pared, esquina a la calle de Príncipe de Vergaras: "¡Nadie toque a Rusia!" Por lo menos éste tiene la honradez del albañil galdosiano, que ha tomado a Rusia por la parienta, cuyo perfil nadie deberá rectificarlo mientras él tenga la honrilla en su sitio.

Guardias.

Otra nota muy significativa del nuevo Madrid es esa del desarrollo del "guardia", de lo policial.

Bajo la dictadura de Primo se observó ya este desarrollo, pero en un sentido puramente urbano, decorativo y trafiqueador. El guardia de la porra fue el símbolo popular de aquel pacífico rey de bastos de nuestro dictador: de nuestro gran regulador de tráfico: de carreteras: de vías urbanas: de señales luminosas para los coches.

Pero el guardia de ahora ha transformado su pacífica batuta de circulación callejera, en instrumento agresivo y petulante. ¿Quién lo diría, en un régimen de paz y libertad!

Pero no saben los confiados que "los guardias" en un régimen cualquiera no son absolutamente nada. Que el "guardia" es lo neutro. Lo que vive sin juramento ni fe. Simplemente sostenido en la peana de su automática autoridad. Y no saben que el comunismo da aún más importancia a los guardias. Y que puede hacerlos suyos--a estos flamantes asaltadores--con mucha más facilidad que la República hizo suyos los guardias de la Monarquía. Es cuestión de un poco más de dinero y de soltar la mano un poco más en eso de la leña: en eso de que sientan--aún más satisfactoriamente los guardias--"la emanación de su automática autoridad ante el pueblo".

UN PELIGRO NACIONAL

LA VUELTA DE DON QUIJOTE



La actual publicación en París (ediciones Rieder) de un "Cervantes" redactado en francés directamente por Américo Castro me da ocasión para abordar un tema que hace mucho tiempo pugnaba por desbordarse en la pluma.

Y ese tema no es otro que el de desmascarar definitivamente al "Quijote" como el libro más antinacional, peligroso, inmoral y trágico de España. El libro más desterrable de España. El libro más temible y corrosivo de España. El peor veneno de España. Libro sádico que no termina nunca de estrangularnos y dejarnos morir santamente, y así poder intentar una resurrección y un renacer.

Sé que estas declaraciones temáticas no me pertenecen exclusivamente. Nada hay original bajo las estrellas. Pero lo que me pertenece es la hora de poner en juego todas las denuncias acumuladas históricamente sobre Don Quijote. Y me pertenece ensayar sobre la juventud española—que sepa escuchar—la cura del quijotismo; señalar esa plaga secular de nuestro espíritu como el médico diagnóstica una tara indecible y hereditaria en una familia: la veta alcohólica en un cuerpo inyectado y consunto.

Me pertenece esta hora crítica de España, en que Don Quijote, el Condenable y Condenado Don Quijote—no Alonso de Quijano el Bueno—está levantando sus armas de cartón y haciendo una nueva salida y poniéndose nuevamente a la moda española.

El ocaso de Don Juan.

Porque Don Quijote—sábedlo quienes no lo supierais—no siempre ha estado a la moda.

Los temas—en literatura—tienen cursos misteriosos, apariciones singulares—que obedecen rigurosamente a leyes objetivas y trascendentes, nunca bien conocidas y explicadas.

Por atenernos—nada más que a nuestra área hispánica—, considerad un fenómeno del que fui denunciador e investigador oportunamente, y del cual torno ahora a mostrar su desaparición misteriosa.

Me refiero al tema de "Don Juan".

En mi ensayo sobre la Inmaculada Concepción en España, titulado "Ave María Purísima", e inserto en un libro mío de 1927, así sotolineaba yo el fenómeno del donjuanismo, insistiendo en el método literario de correlacionar "autores" con "temas": "Si con tal sistema de evolución dúplice se acercara uno al primer cuarto del novecientos hispánico, veríamos con sorpresa que, junto al

tema de "Don Juan", se recrudecía la vigencia de un autor dramático: de "Lope de Vega".

"Mientras que el tema del Cid, enterado con siete llaves por Costa, y la figura de Calderón, encerrojada por Menéndez y Pelayo, se hundían en el platillo de los olvidos."

"¿Cuáles han sido las causas del actual renacimiento de Lope en España?"—me preguntaba yo.

"Sin duda, varias"—respondía—.

"Pero de las más inmediatas, la de que Lope fué, en un último término, la encarnación mejor de Don Juan en nuestra dramaturgia. Su vida de burlador, de pendenciero, de mujeriego; su concepto material del amor que revelan las cartas al duque de Sessa, y su obra caprichuda, inagotable y aventurera, le dieron ese tono como deportivo, y tan apto para nuestra época (eso de la guerra y la trasguerra). Su vida y su obra—no universalizantes y desidas del mundo como las de Calderón—, sino típicamente nacionales, enraizadas al terrazgo, absolutamente españolas. He ahí la contraseña: españolidad. El reflejo del general movimiento nacionalista de Europa, incorporado a nuestras letras. Don Juan, Lope, las viejas ciudades castellanas, los muebles "Renacimiento", la cerámica talaverana, la resurrección de fiestas desuetas, la persecución de los barbarismos en el idioma, la reviviscencia de los toros, de los bailes, del "cante jondo", de las castañuelas... Todo un ovillo procedente del mismo hilo: nacionalismo. Hilo del momento que, como los telegráficos, deja enviar un solo despacho a plurales estaciones. (Junto a Lope, se exaltó en poesía a Góngora y Fray Luis: todos los temas de humanismo exaltador, de voluntad de dominio.")

"La moda de Don Juan—repitámoslo—tiene una cuna nacionalista, política, localizada en España: 1898. Pero puesta en vaivén por el empujón ideal de Basilea (Nietzsche): 1898 también."

Efectivamente: el desastre político del 98 español hizo nacer ese espíritu "revanchista" del 98, que enderezó sus mejores esperanzas—en medio de las ruinas circundantes—, hacia un "resurgimiento" de nacional poderío. Creó el Mito del Poder. La Voluntad de Potencia, incitada desde Basilea por el jefe ideal de la generación del 98: Nietzsche. No hubo un solo escritor notable de ese cuarto de siglo que no ayudase a poner de moda el tema de Don Juan. Unamuno, Menéndez Pidal, "Azorín", Baroja, Ortega, Pérez de Ayala, Maeztu, Marañón, Américo Castro, Araquistain, Lafora, Marquina, los Quintero, etc.

Precisamente el otro día excitaba yo al señor Homero Seris, del Centro de Estudios Históricos de Madrid, a recolectar una exacta bibliografía del "donjuanismo en España" antes y durante la dictadura de Primo de Rivera. Ya que Primo de Rivera fué la consecuencia política del mito.

"La dictadura vino al Poder para cumplir ansias formuladas por el 98"—aseguraba en *El Sol* de junio de 1925 un publicista.

La dictadura cayó en 1930. La pasión por Don Juan había ya decaído bastante antes. La amistad por Lope de Vega declinaba también. Y la estrella gongorina daba sus últimos resplandores clasicistas en la constelación de Hércules, sobre el cielo español. Sobre el cielo español—ya ennubecido, con los

primeros grises del desencanto—. Con las primeras sonrisas tristes del Quijote. Del Quijote que—como la luna—resurgía pálido tras el horizonte, en el ocaso, anunciando la noche nuevamente. Y con la noche, todas sus fantasmagorías; todos sus romanticismos.

¿Por qué resurgía Don Quijote sobre el cielo de España?

El signo bibliográfico.

Hace poco más de un mes señalaba en un diario madrileño (*ABC*, 16 de diciembre) el escritor Dionisio Pérez la "Resurrección de Cervantes en el mundo", citando algunas breves notas bibliográficas que vale la pena de completarlas ahora mismo.

En estos últimos años, del 23 para acá, el acervo cervantino se ha enriquecido considerablemente.

Fitzmaurice Kelly, en 1925, comenzó a proveer de datos con su *Spanish Bibliography* (Oxford), resumidos en su artículo *Cervantes*, de *A New History of Spanish Literature* (Oxford, 1926).

En Halle, desde 1926 está en curso de publicación una edición crítica del *Quijote*, a cura del romanista Adalberto Hämel.

Rodríguez Marín, en 1927, reimprimió su edición crítica con más de setecientas notas nuevas. También es de notar la primorosa edición del *Quijote*—en ese mismo año—de la editorial Calleja, de Madrid. Pudiéramos citar otras reimpresiones. Pero más que estas reimpresiones quijotiles—siempre ininterrumpidas y constantes—lo que importa señalar en esta época que aludo es la atención de mentalidades específicas y significativas hacia eso que calificó Chesterton "The return of Don Quijote". Hacia "la vuelta de Don Quijote".

En España, Unamuno publicó su *Vida de Don Quijote y Sancho*, en 1905; pero la reimprimió en 3.ª edición el 1928. Ortega y Gasset hizo su *Meditación del Quijote* en 1914, reimprimiéndola en el año 1921. Menéndez y Pidal aumentó en 1924 su valiosa monografía *Un aspecto en la colaboración del Quijote*. Y en 1925 divulgaba a la estampa Américo Castro su *Pensamiento de Cervantes*, libro fundamental para esta "vuelta al Don Quijote".

Tan fundamental, que yo tengo este libro como una de las más poderosas incitaciones para que el cervantismo internacional reaccione en un cierto y determinado sentido que indicaré más adelante.

El libro de Castro es tenido en cuenta por los investigadores extranjeros, que desde esa fecha escriben sobre el fenómeno cervantino.

Especialmente en Francia. Vense sus huellas en el *Cervantes penseur*, de M. Bataillon, de 1928. En los estudios de M. Bardon (1931). En el *Don Quijote de Cervantes*, de Paul Hazard (1931). En *En Critique du livre de Don Quichotte de la Manche*, de Pierre Perrault (1931), y en el estudio de Babelon a una edición nueva del *Quijote*, que no es la única reciente, pues merece subrayarse la lujosa de Cardaillac y Labarthe.

En Alemania influye sobre Max Helmut Neumann, sobre J. Schwing, sobre Hatzfeld y sobre Bickermann.

En Norteamérica es interesante indicar *The influence of Cervantes in France in the Seventeenth Century*, de Esther J. Crooks, Baltimore, 1931.

En Italia, el estudio de R. Flacomio *La fortuna del Don Quixote in Italia nei secoli XVII e XVIII*. Palermo, 1928.

Ahora este *Cervantes*, de Rieder, que hace el mismo Américo Castro, aumentará, sin duda, el indicado "return of Don Quixote".

El pensamiento de Castro sobre Cervantes.

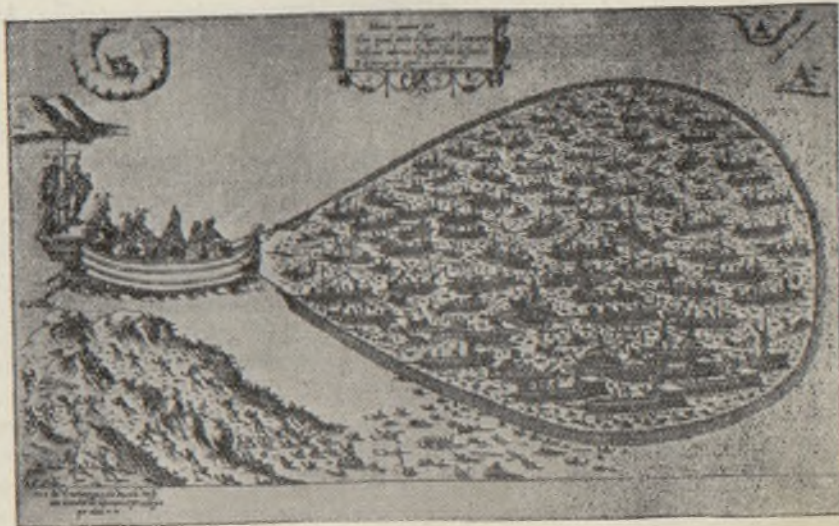
Américo Castro abordó el estudio de Cervantes desde un punto de vista inicialmente objetivo y científico. Pero con un sustrato finalista subjetivo y político. No hay que culpar de este sustrato a nuestro querido profesor. En literatura no existe la crítica objetiva. No existe la matemática de la crítica. Frente a los hechos está siempre la interpretación de su interpretador. De ahí que puede hablarse de una "Historia de la crítica" no sólo en literatura, sino hasta en ciencias más exactas y rigurosas, como las naturales y las físicas. Hallazgos que durante un tiempo parecen responder a leyes trascendentes, universales y necesarias, se convierten, pasando los años, en personales y apasionados equívocos de sus inventores.

El hallazgo de Castro respecto a Cervantes consistió en encontrarle lo que insistentemente se había negado: un pensamiento, una *Weltanschauung*, un "mundo cervantino".

Una problemática ante la vida, resuelta aquí y allá y en más allá; respondida a través de toda una obra.

Encontrarle un pensamiento a Cervantes era simplemente cortar el nudo del problema central cervantino: *¿fijar a Cervantes en las corrientes intelectuales de su época; salir al paso de esos tres fantasmas que cercaban la personalidad ideal de Cervantes sin dejarla definirse: a) Que Cervantes era un ingenio lego (afirmación de Tamayo de Vargas dada en 1624 y que corrió fortuna hasta nuestros días).— b) Que Cervantes era un contrarreformista, un reaccionario (aseveración que culmina en el libro del De Lollis, 1924 y en las tesis de Klemperer); y c) Que Cervantes fué un humanista y un liberal.*

Castro papeleteó todo Cervantes, y su resultado fué que Cervantes ni fué



La batalla de Lepanto, donde Cervantes soñó en caballería y en amor, en una vida heroica y antiquijotesca.

un ingenio lego ni un reaccionario, ni un liberal, sino un espíritu máximo de su época: un genial hipócrita, a la manera de sus correlatores Descartes, Galileo, Erasmo y todas aquellas magnas figuras que practicaron eso que llamó Ortega y Gasset, con frase fundamental para Castro, "la heroica hipocresía de los hombres del XVII". Un espíritu entre dos vertientes. Eso que yo he denominado—me parece que con término exacto—aplicándose a Goya (Goya, un Cervantes retrasado de la plástica): un vértice.

El vértice cervantino.

Cervantes, como Goya: divisorias de dos mundos: el que muere y el que nace. El mundo del dogma y el del individuo. El del absolutismo y el de la libertad. El mediéxico y el renacentista. El católico y el nacionalista.

La labor del crítico ideal, objetivo, hubiera sido, frente a Cervantes, presentarlo en este cabalgamiento, en la instantánea de su pose histórica, sin quitar ni poner ni ayudar a ningún señor. Ni al Señor de Roma. Ni al Señor de la Enciclopedia parisina.

Justo es reconocer el esfuerzo de Américo Castro por mantenerse a respetuosa distancia, "sin tomar vertiente". Pero bien fuese por acentuar el esfuerzo de tirar de la maroma frente a los que tiraban demasiado desde el lado de la Iglesia; o bien por una fruición subjetiva en reconquistar al autor para su bando, es lo cierto que el *Pensamiento* de Cervantes—a partir de la interpretación "americanista"—queda demasiado inclinado hacia "lo moderno", hacia la vertiente de la izquierda. "Sin Erasmo—afirma rotundamente Castro—Cervantes no habría sido como fué."

Cervantes conoció a Erasmo—según Castro—desde la escuela de López de Hoyos. O sea desde sus primeros años intelectuales. El espíritu anticlerical del autor de *Antibarbarum* le escuchó Cervantes desde sus más tiernos años. La juventud cervantina se nutrió decisivamente en la "liberal Italia". Es muy posible que allí conociese las doctrinas de Telesio. Y, desde luego, es indudable que respiró esa esencia pomponazesa y neoplatónica que a través de géneros como el pastoril llenaban la *fine dell'umanesimo*—como dijo Toffanin. "La estancia en Italia fué el más trascendental hecho en la carrera espiritual de Cervantes."

Todo el resto de su vida, desarrollada dentro del sentido verticilar que la caracteriza, tenderá, sin embargo, según Castro, hacia la vertiente secular, ya que llegó a morir Cervantes como un sabio y no como un místico o devoto.

Don Quijote y el astracán.

Más de uno ha llegado a calificar ese Cervantes de Castro como el primer fundador de la Institución Libre de Enseñanza; como un ilustre antecesor de Francisco Giner. Como la incorporación al liberalismo español (al reformismo hispánico) de la figura más preclara y nacional de nuestra literatura. Un servicio a la causa democrática de España, que la República compensaría justamente nombrando Embajador a su autor en el país originario de la Reforma: Alemania.

Yo soy de los que creen eso. Pero soy de los que no se asustan de eso, ni se sonríen de eso. Pues creo también que Castro se quedó corto al "modernizar" a Cervantes. Corto en sacar consecuencias de su "modernismo". Corto en prever el peligro nacional que comportaba para España el que su máximo ingenio—Cervantes—escribiese *Don Quijote*. *Don Quijote*: esencia de todo el cervantismo. *Don Quijote*: primera piedra

inaugural en el edificio de la burguesía española.

Lo que empieza *Don Quijote* termina en el chirigoteísmo de un Muñoz Seca y en el choteísmo de un Fernández Flórez. Termina en *La venganza de don Mendo* y en *Los que no fuimos a la guerra*. Termina en el astracán.

Primera burguesada española.

La aparición del *Quijote* en Madrid fué acogida por la gente española del siglo XVII exactamente como la gente española de hoy acoge las comedias de Muñoz Seca y las novelas de Fernández Flórez.

El *Quijote* fué el primer gran éxito de público en España.

Un éxito, sin embargo, muy distinto (contrario) al éxito "popular" que ese mismo "público" concedía, aún, al teatro nacional de un Lope y al litúrgico de un Calderón.

El *Quijote* era la avanzada del "espíritu burgués" que daba su inicial y más tremenda acometida contra el "espíritu heroico, feudal y guerrero" en España.

Se comprende que Lope aperebiese el pavoroso peligro y juzgara el *Quijote* con aquellas frases tan duras que hasta hoy aparecieron escandalosas a la crítica burguesa y que hoy debemos tenerlas como clarividentes y desesperadas: sólo un poeta loco se atrevería a loar el *Don Quijote*.

Actualmente, la investigación cervantina ha puesto a nuestro alcance óptico el ambiente de ánimo en que el *Quijote* desarrolló sus vacilos disolventes y voraces.

No sólo se multiplicaron las ediciones legales, sino las clandestinas y furtivas, traspasando los límites peninsulares y emigrando a América, despertando "codicias editoriales y negociantes" hasta el punto de producir un falso *Quijote*, el de Avellaneda, antes de que el verdadero tuviese concluida su segunda parte.

"Fué un a modo de éxito periodístico"—dice uno de los más recientes estudiosos del *Quijote* (Huszard): un éxito actualista brillante y vivo. Novela caricaturista, guasona, satirizadora de una moda general.

Se metía con todo el mundo este Cervantes: con autores célebres de antaño y de hogaño. Cervantes era de una susceptibilidad tremenda para la crítica y se defendía, atacaba y provocaba. Fué una especie de *pobrecito hablador* su Caballero de la Triste Figura. Donde empieza Cervantes continuaría Larra. "Era la realidad cotidiana puesta al alcance del lector medio"—afirma Castro. Una posibilidad de reír. Un libro divertido en sentido inverso a los de caballerías. *Don Quijote* fué asimilado en el acto a todos los protagonistas de la literatura realista y burguesa de España. La "Pícaro Justina", esta sufragista libertina de nuestra burguesía incipiente, ya decía: "Soy más célebre que Doña Oliva, Don Quijote y Lazarillo, Alfarche y Celestina". ¡Heroica cuadrilla para el porvenir de un imperio! Parece ser que hasta el rey Felipe, el de la Calderona, ya minado por ese espíritu quijotesco, compuso una continuación de aventuras quijoterías. Y conocida es la anécdota de este rey, que viendo reír a uno en la calle con un libro dijo a los circunstantes que sólo podía estar riendo con el *Quijote*, de no estar loco.

Pero lo peor es que el rey no sólo se hizo secuaz del *Quijote*, sino toda la nación se hizo quijotera. Toda la nación empezó a reír, a flaquear, a emprender aventuras descabelladas y a morir de melancolía, ya en tiempos de Carlos II.

¿Qué hizo la monarquía española por desterrar de España el nuevo espíritu? Asimilarlo. Hacerse burguesa, quijotera. ¿Qué de extrañar si, andando el tiempo,

fuera el espíritu quijotero quien desterrara de España a una monarquía—ya antimonárquica y anticaballeresca—, desde el rey Felipe, el del belfo y de la risa!

Ensueño y resentimiento.

El *Quijote*—atended y aprended bien esta afirmación—es el primer triunfo importante de la burguesía española. Es el primer libro burgués de España. Es el nacimiento de la España quijotera, sensible, humanitarista, liberal, pacífica, derrotista y renunciadora.

Muchas explicaciones se han dado sobre el origen del *Quijote*. Pero todas las que se han dado y puedan darse no po-



Casa de Valladolid donde el pobre Cervantes encanallaba sus ideales caballerescos apretado por la mala vida y el rencor.

drán lograr otra cosa que afirmar esta afirmación, corroborarla, demostrarla. Ese Bartolo que señala Menéndez Pidal en el *Entremés de los romances*, enloquecido por las aventuras de los caballeros es la prueba más palpable de los fondos plebeyos donde erguiera *Don Quijote* su figura. Locura parecida esa de Bartolo a la del hortera actual, que muere por ser pelucero.

Hay quien vió en el *Quijote* la encarnación ideal del Cervantes, viejo y resentido. Y yo soy de los que también lo ven y lo creen. Y justifican el *Quijote* como producto de un genial resentimiento. De ese rencor del Cervantes encarcelado, envilecido, pobre, encanallado, con una familia prostituida e indecente, en un trágico final de *raté*, de fracasado; él, cuya juventud había sido toda ensueño, honor, heroísmo, caballeridad, idealidad purísima. Porque la juventud de Cervantes, de ese Cervantes de Italia, del próximo Oriente y de Marruecos, es de los poemas biográficos que hace falta cantar y contar a nuestras juventudes todos los días. Y hacer su película. Y proyectarla en un altar.

Un Cervantes que llega a cimas de heroicidad y de sublimidad como la de su cautiverio en Argelia. Que llega a escribir esas líneas mágicas de *¡feliz el soldado que, mientras se bate, se sabe contemplado por su príncipe!*, frase napoleónica, frase de mártir cristiano.

Que llega a las cumbres superiores del romanticismo a *renunciar toda recompensa*, en un arranque de voluntad pura y santa: "no lo siento, oh, rey, ni me causa pena, porque por vos y por la fe y por la reina Isabel sufriría más aún"...

Este Cervantes que desembarca en España, que corre en España, al rey, a los gobernantes... Y que se encuentra frialdad, olvido, injusticia. Un ex combatiente mutilado, que, como nuestros soldaditos del 98, sólo encuentra la calentura y el abandono, a la vuelta. E incluso mofas parecidas a esas del *affaire* del Trocadero, en París; gentes que niegan patriotismo a un ex combatiente;

Avellanedas que se ríen de las manos mutiladas por una alta causa...

Yo creo que Cervantes debió escribir el *Quijote* como su propia condenación, como su sentencia de hombre maldito. Si hubiese entrevisto una salvación cualquiera no lo hubiese escrito. Unos ducados más en el cocido de Cervantes y una Cruz de Hierro en su pecho hubiesen evitado a España el *Quijote*. Lo digo sin pena alguna.

Yo no sé si en el resentimiento cervantino entrarán, a más de su caso personal, y a más de sus conatos extremistas, burgueses y disolventes, algunas gotas de sangre judía.

¡Esa nariz corvina, esa cargazón de hombros, ese tono rojizo de su pelo y esa piel pálida suya! ¡Aquella familia de su padre, familia de médico, trashumante, mísera y cargada de prole! Cervantes era antisemita, lo sé. Pero había ya tanta familia *marrana* en Castilla! Sobre todo en Alcalá, gran patria de esa numerosa rama de los *Alcalay* que puebla hoy el próximo Oriente.

El judío Andrés Suárez, al pintar a *Don Quijote* como una pálida y fraterna divinidad rabínica, nos acerca esta hipótesis.

El morbo quijotero.

El resentimiento personal de Cervantes, unido quizá al de un vestigio racial, y complicado ideológicamente con las corrientes *resentidas*, protestantes, de la época, origina el *Quijote*: primer estandarte de nuestra burguesía, de una clase plebeya en marcha hacia el poder.

A principios del siglo XVII estaba ya el horno para quijotes. Cervantes no tuvo mucha dificultad en calentar su péñola. En dar suelta a su rencor de preterido, de hidalgo pobre y encanallado.

Ya la novela caballeresca tenía preparadas sus etapas de disolución y burla; con *Il Morgante Maggiore* (1483); *l'Orlando innamorato* (1487); con el *Orlandino*, de Folengo (1526); con las *Lagrime di Angelica* (1538).

Ya el sentimiento religioso estaba minado por el resentimiento literario que entrara en España *al calor de Erasmo*, protegido por altas dignidades eclesiásticas intelectuales. Y por la tolerancia del emperador, que sólo hasta 1535 no puso en funciones la Inquisición para el expurgo. Erasmo: el espíritu burguésísimo de la burguesísima Flandes, ese espíritu que retratarían Rembrandt y Franz Hals, y Teniers y todos los pintores holandeses, belgas y alemanes de paisajes, de comerciantes y de costumbrismos.

Ya la moral popular estaba abonada por un cultivo de la novela y del cuento realista, género plebeyo medieval que desembocó en nuestro renacimiento con la figura del *Pícaro*, esto es, del *escéptico y aprovechado*, del *cuco*, del *fresco*, del *agnóstico*, del *descendrado*, del *individuo contra el Estado*, del *anarquista*, esa figura indisciplinada que comenzaba a preformar un molde genuinamente burgués.

En este caldo bacilar del XVII, ¡qué fácil desarrollar la epidemia del *Quijote*!

El *Quijote* fué la primera gripe española terrible que la España inyectada de anti-Roma propaga contra Roma.

En el mismo *Quijote*, como en una microeuropa, en un microambiente de la época, se advierte la agonía de esa lucha epidémica. En el mismo *Quijote*—ampolla de experimento—se ve el cuerpo encalientado de esa época europea donde *Renacimiento* y *Contrarreforma* combaten su litigio inexorable. Vense los microorganismos de los *derechos del hombre* atacar las defensas orgánicas de los *derechos de Dios*. ¡Qué libro agónico, crítico, espeluznante y sensacional el *Quijote*! ¡Qué foco de infección!

No es de extrañar si la estadística clínica de la *influencia* del Quijote en Europa nos muestra como primeros cuerpos atacados aquellos países que por su complexión estaban ya predispuestos al mal; países de tipo reformista, calvinista, individualístico, protestante, donde la burguesía comenzaba a germinar con fuerza.

El Quijote hizo sus apariciones en este área progresiva: Inglaterra (1612). Francia (1614). Alemania (1621). Italia, sede de Roma, fué de los últimos países europeos en acogerlo. Y tardó un siglo en que la vacuna quijotera hiciera sus efectos. Pues hasta 1718, el erudito Gamba no revisaría la traducción hecha en el año 1622 por Franciosini.

Don Quijote y Robinsón.

En Inglaterra Thomas Shelton tenía traducido el Quijote en 16 de enero del año 1611, aunque no apareciese impreso hasta el año siguiente. Pero el morbo ya estaba en actividad desde antes: había desembarcado sobre las costas inglesas sin lazareto alguno, con toda su expansiva virulencia.

Ya por 1610, Beaumont y Fletcher habían compuesto una comedia que era un ataque quijotero y burgués contra los caballeros de la City. Se titulaba *The Knight of the Burning Pestle*, esto es, un tendero de ultramarinos metido en aventuras. Una típica comedia a lo Arniches.

Cincuenta años más tarde, Butler ofrecía en su *Hudibras* un nuevo espécimen de caballería grotesca.

El *Humour* inglés estaba en marcha. Y con él la semilla mórbida, humorista, burguesa del Quijote. Don Quijote triunfa plenamente en el XVIII de la libre Inglaterra. Se hacen de él numerosas ediciones.

En 1734 Fielding dramatiza primero y noveliza después un Don Quijote y un Sancho con los nombres de Joseph Andrews y Abraham Adams.

Sterne encarna en *Tristram Shandy* su propio espíritu quijotesco y burlón.

Smollet hace unas aventuras de Roderich Random en 1748.

(De estos *Hudibras*, *Burning Pestle*, *Andrews*, *Shandy* y *Random* nacería —andando el tiempo— la última encarnación inglesa del Quijote: *Charlot*.)

El *Humour* inglés estaba en marcha. La veta burguesa del genio inglés no tardaría en dar su máximo fruto: el *Robinson Crusoe*. Mito de la "nueva Inglaterra", que iba a superar y vencer al mito de la nueva España: *Don Quijote*. Del modo que la *Invencible* quedara vencida por los elementos del Canal. Victoria de una Mancha sobre otra Mancha.

Creo que Unamuno, en una revista española de por 1898, yo dijo ya: "Robinsón venció a *Don Quijote*".

Robinsón—de cuyo nombre me he apoderado en una adjetiva circunstancia personal—no es para mí un mito simpático. Lo acepto, como el mito del Quijote: por fatalidad histórica que un día habremos de sacudir. Robinsón no es para mí un ideal sustantivo. Pero para los ingleses del XVIII constituyó una magia fundamental. Un personaje trascendentalmente simbólico.

De herencia shakesperiana, este Robinsón enriqueció el yo criticista de Hamlet con la decisión de un burgués puritano: con esa de recrear el mundo por el esfuerzo personal, sometiendo sin vacilación alguna a quienes se opusiera al éxito de su esfuerzo utilitario. Lo mismo a las fuerzas naturales que a las humanas. No retrocedió frente a ninguna esclavitud. De ahí que el Robinsón se haya considerado como emblema del *Industrialismo*, como el primer motor ideal de la Europa y la América industrializantes. Y sea hoy tenido por el

mundo soviético y comunista como un símbolo maldito. Robinsón no peleaba como Don Quijote, soportando que se rieran de él. Robinsón no perdía su tiempo en quimeras, sino que lo ganaba en utilidades, en plus valías. Don Quijote pierde el seso. Robinsón hace de su seso racionalidad. Método experimental. Tras Robinsón aparecerían Darwin, Spencer, Kant, Hegel. Los que sacan el mundo de sí mismos, a fuerza de preguntar cosas al mundo.

Rabelais, Voltaire: Francia.
Y Don Quijote.

Sin embargo, no fué Inglaterra quien utilizó hasta el fondo la sustancia disolvente que Don Quijote comportaba en su lanza de cartón. Sino Francia. Francia, la de los Derechos del Burgués. Francia, la de Rabelais. Francia, la volteriana. Francia, la del 89. Asombra aún la clarividencia de aquella opinión "moderna" de Bernardino de Saint Pierre: "Rabelais et Cervantes ont renversé ces deux colosses: le pouvoir monacal et celui de la chevalerie". El santo y el caballero. La Edad Media. La ciudad de Dios.

Ya desde los mismos años—últimos años—de Cervantes, Francia se interesó por el cervantismo.

Aquella famosa anécdota—de 25 de febrero de 1615—en que diplomáticos de Francia muestran su asombro ante los españoles por no haber hecho a Cervantes al menos *Academicien*, como a Paul Valéry; en que muestran su pesar de verle "soldado, hidalgo y pobre", sin vida alguna de sociedad, de cenáculo; sin cintita de *Legion d'Honneur* en el ferruero—es tan reveladora que yo la tengo por decisiva.

Don Quijote no entró en Francia sin previa censura. No era Francia un país para ingerir venenos sin control, sin transformarlos en fermentos saludables, racionales y lógicos.

Oudin, antes de estampar íntegramente la novela famosa, la había ido dando en inyectables, en sueros parciales.

Don Quijote en Francia fué un activador de Voiture, de La Fontaine, de Racine, de Boileau, de Saint Evremond, de Molière... Todos ellos le admiran, le utilizan: pero con tacto. Tomándole las dosis necesarias para la construcción de su clasicismo.

Una vez obtenido "le classicisme", Don Quijote quedó desvitalizado para la admirable y ponderada Francia.

Fué necesaria la avalancha romántica para que Don Quijote recobrase su llama andante y enfebrecida.

Como han demostrado Wurzbach, Neumann, Bardon y Huszard, es a Francia a quien Don Quijote debe fundamentalmente su difusión en Europa. Don Quijote—dice uno de estos críticos—se viste a la francesa y recorre toda Europa con esa moda.

Es un traje que le cortan los Chateaubriand, los Víctor Hugo, los Doré, los Daumier, los Deveria...

Gracias a Francia—a la traducción de Filleau de Saint Martin—entra Don Quijote en Alemania a fines del siglo XVII. Pues hasta fines del XVIII (1775) no alcanza allí Don Quijote interpretación directa. "El público alemán es, merced a la intermediaria Francia, como se pone en contacto con la literatura española"—dice Bertrand en su *Cervantes et le romantisme allemand* (1914).

Versiones especiales como las de Florian y Viardot tendrían resonancia extensísima. En los países escandinavos. En la lejana Yanquilandia. En los más plurales países y continentes.

Por Francia se asimila a Don Quijote la Santa Rusia, por ejemplo.

Don Quijote y la U. R. R. S.

A Turguenef le llega Don Quijote—como tantas otras mercancías occidentales—por agentes franceses de aduana.

Puchkin, Gogol, Dostoiewski, recogen la herencia de Don Quijote. El príncipe Mischkin, del *Idiota*, representa, sin embargo, la primera trasustanciación del rencor cervantino, heterodoxo y burlón, al lenguaje cristiano, puro y regenerador de la Santa Rusia del Pueblo.

Don Quijote, defensor de los débiles, halla en Rusia su mejor campo de experimentación y de salvación: de anulación.

Del modo que las burguesas doctrinas de Marx hallarían en Rusia la fórmula trasustantiva del leninismo, así en Rusia, Don Quijote dejaría de ser un romántico y occidental "amigo del pueblo", para amparar al pueblo definitivamente con la violencia, sin que yanigües ni curas ni barberos se riesen más de él. Rusia vence por fin al Quijote, en 1917. Como en 1719 le había vencido Inglaterra con Robinsón el de Foe. Don Quijote deja—por fin—de ser Don Quijote y de ridiculizar la caballería noble con su famoso "quiero y no puedo ser Amadís".

Los "Nobles Caballeros de la Economía"—como empiezan a llamar hoy los Soviets a su aristocracia del trabajo, a los obreros calificados, han enterrado gloriosamente al Caballero de la Triste Figura.

Asimismo en la Italia fascista existe hoy la tumba de Don Quijote. Las siete llaves a su sepulcro. ¡Peligroso fantasma! ¡Terrible agüero si Don Quijote volviese a alzarse contra Roma, y a topar con el Dogma!

Don Quijote y la actual España.

No es un azar, no—repitémoslo—, que el actual Cervantes, de Américo Castro, nos llegue a través de las prensas francesas. Las románticas prensas francesas de los Derechos del Hombre, que tan bien funcionaron sobre Don Quijote, desde el siglo XVII hasta Merimée, hasta Gobineau, hasta Sainte Veuve, hasta Rimbaud, hasta este renacimiento actual del Quijote en España a través de Francia.

¿Intenta Francia una colonización más intensiva en nuestro espíritu que la desarrollada últimamente? ¿No será Don Quijote en sus manos el instrumento adecuado para continuar su tradicional política borbónica de suprimirnos Pirineos?

¿Hay obligación a preguntarse hoy todo en España: y vigilar hoy todos los peligros en España: En esta España sacudida de corrientes separatistas, humanitaristas, socializantes, laicas, universalistas; en esta España desarmada, anticaballeresca y anticidiana: Quijotera.

Para la Francia actual la vuelta de Don Quijote no tiene la menor trascendencia. Francia es rica, fuerte, unánime, heroica, fibrada por una reciente y gloriosa guerra. Francia es imperial y magnífica. Puede permitirse todos los morbos—hasta el gálico—sin contagiarse.

Pero España, no. España no puede seguir decayendo en el espíritu despojado y fantástico del Quijote. España no puede ni debe permitir su vuelta si no es para enterrarlo definitivamente.

España debe recordar todos los días, no las salmodias quijotescas de los que se divirtieron con el Quijote a costa de España, sino esas pocas voces honradas y leales que nos lo denunciaron, implacablemente, a través de los años.

España debe recordar aquella frase de William Temple sobre Cervantes: "Este español pasa por una de las cau-

sas de la ruina de España, de su grandeza y de su poder."

Debe recordar el juicio de Steele: "Me dicen que la Historia de Don Quijote ha destruido completamente el espíritu de coraje de la nación española."



Entre este Quijote, de Daumier, y el Picador, de Zuloaga, ¿qué diferencia hay? La misma aberración anticaballeresca.

Debe recordar aquel personaje de De Foe, el cual no veía en el Quijote sino "los efectos nefastos que produjo sobre el espíritu de los españoles, avergonzándoles de sus costumbres y minando las virtudes de su nación".

Debe recordar la tristeza de Byron frente al Quijote: "Fué un gran libro que mató a un gran pueblo."

Debe recordar el alerta patriótico de un Lope de Vega.

Debe recordar las lágrimas de León Gautier viendo reír a la plebe en una representación de Don Quijote, arrojándose caballero irrisoriamente. ("Ils riaient et je pleurais".)

Debe recordar a Barbey d'Aureville, que insultó a Cervantes por haber lanzado "el primer silbido contra el entusiasmo de la guerra, contra la caridad cristiana, y las armas caballerescas y el culto de la mujer, y la poesía de todas las exaltaciones".

Dede recordar el asco de León Bloy contra esa sátira de las grandes cosas.

Debe recordar la advertencia admirable de nuestro Ramiro de Maeztu, que le consideró ya en 1905, con motivo del Centenario del Quijote, como un libro decadente, impropio para los niños españoles.

Debe recordar que Ortega Gasset lo separó netamente de la definición épica, cuando lo definió en sus *Meditaciones*. Uciendo *Rocinante* al tálburi de Madama Bovary.

Debe recordar — España — frente al Quijote que Don Quijote mató nuestro mito nacional del *Cid*. Que el Señor de los débiles españoles — Don Quijote — venció al Señor de los españoles fuertes. Al Dios de Rodrigo de Vivar. Al Dios de Lepanto. Al Dios del Cervantes juvenil y noble. Al Dios que renegaría en su vejez, de alma resentida, Cervantes.

Hacia un Antiquijote.

Cuenta el Padre Rapin en sus *Reflexions de ce temps* (1674) que "habiéndolo sido Cervantes tratado con menosprecio por el duque de Lerma, primer ministro de Felipe III—quien no estimaba apenas a los intelectuales—, escribió la novela de Don Quijote, sátira fina de su nación: porque toda la nobleza de España, a la que ridiculiza, se había obcecado con lo caballeresco. Es ésta una tradición que debo a uno de mis amigos, el cual averiguó tal secreto de un tal Don Lope, a quien Cervantes confesara un día este su resentimiento".

Sea o no cierta la confidencia del re-

sentimiento de Cervantes, lo indudable es que Cervantes mojó su pluma en rencor. En ese rencor agrio, punzante, trágico y oscuro que iba a constiituir la *tinta nacional de la literatura española* de entonces a nuestros días.

Porque se da el caso que desde Cervantes sólo existen—como grandes escritores españoles—los rencorosos, los resentidos, los humoristas, los desesperados, los pesimistas, los irónicos y escépticos.

Ved la línea secular maldita: XVII, Quevedo, Gracian.—XVIII, Villarreal, Feijóo, Cadalso.—XIX, Larra, Valera, Ganivet.—XX, Unamuno, Ortega, Baroja, Azorín, Ramón... Y otros muchos que pudiera añadir.

¡Ay del escritor español que quiso disimular la maldición mojando su pluma en el tintero del optimismo, de la beneplacidez!

España, o le tuvo por farsante o por valiosamente majadero.

El tintero del rencor era la herencia quijotesca maldecida de España: la fatalidad familiar a que había que atenerse por lealtad biológica e histórica.

¿No será la hora—jóvenes españoles—de liberarse de esa espantosa transmisión siniestra, peor que una heredosifilis del espíritu?

Mirad que quien esto dice sabe algo de ese sufrimiento secular. Mirad que el Robinsón sigue mojando su pluma en

la negra tinta maldita de la crítica, la ironía y el sarcasmo, para poder salvarse, es decir, perderse.

Pero en mi alma cantan auroras de liberación. Voluntades aún tiernas e ingenuas de resurgimiento, y por eso me atrevo a hablarlos así, a incitarlos así...

¡Hay que ir al Antiquijote en España! ¡Hay que tributar culto a esos escritores benditos, alegres, serenos y acrícos como un Berceo, como un juglar de Medinaceli, como un Calderón!

¡Hay que utilizar la crítica, la ironía, el rencor y el sarcasmo, para volver marcha atrás, para corroer el espíritu quijotesco de España y sus fantoches burgueses, antiheroicos y antinobles!

¡Acabar con la ironía a fuerza de ironía! ¡Asesinar nuestro criticismo a fuerza de criticismo! ¡Ir nuevamente hacia el Dogma, la Fe, la Purezza, la Sencillez, cualquiera que éstos sean!

¡Hay que llegar al Antiquijote! "Y con esto cumpliréis vuestra cristiana misión. Y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de *anticaballerías*, que por las de mi verdadero *Antidondujote* van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna."

Majestad del sufrimiento, como dijo Vigay

Jarnés, enfermo.

Creo que el pobre Jarnés sufre de un agudo ataque de reuma a las manos. Si no estuviese mosqueado conmigo iría por su casa para ayudarle a escribir, a que me dictase sus artículos y libros. Debía haber una *Cofradía de la Caridad* entre escritores. Nosotros, que cuando estamos buenos de salud nos mordemos como fieras—pues los escritores somos fieras, y más fieras cuanto más líricos y delicados—se nos encoge el corazón al ver un hermano caído en la desgracia. ¡Y menuda es ésa de no poder usar las manos un escritor que escribe con las manos!

Porque hay—eso es sabido—quien escribe con los pies. Pero Jarnés escribía con las manos, con verdadero primor manual. Recuerdo sus cuartillas azules y cuadriláteras, enjardinadas de caligrafía clara, límpida, graciosa, sonriente, y en la que se reflejaba el mejor fondo del pobre Jarnés.

A Jarnés, desde sus comienzos literarios, todos le llamaron "el pobre Jarnés", como a aquel "el pobre Lélian".

Se recordaba su casita modesta, estrecha, su vida de sacrificios en un hogar heroico. Gracias a su trabajo, a sus propias manos, pudo este hombre mudarse un día de cuarto, alternar con buena sociedad, comprarse bellas corbatas y mirar con cierta paz a la vida. Pudo ir dejando de ser frente a todos "el pobre Jarnés". Pero ahora, ¡este cruel ataque manual, este imposibilitamiento!

Debíamos iniciar ese Sindicato, esa Cofradía, hermanos. Bastaría turnarse junto a la cama del escritor enfermo. ¡Cuántas heridas morales y vidriosas no quedarían curadas por unas horas de convalecencia de las fieras entre sí!

Villaespasa, pobre.

¡Ah, un Tabor de piedad, un Monte de piedad, un *Montepío* nuestro y para nosotros! No se verían, quizá, esas fotografías como la que en *Blanco y Negro* acabo de ver. A Francisco Villaespasa, el poeta, rodeado de su mujer y

sus hijos, enfermo, viejo y pobre, expuesto a la caridad de una máquina fotográfica, que le arroja a la calle con un cartelito de minero ciego en el pecho: "Villaespasa, el heredero espiritual de Zorrilla".

Se ha celebrado una función en honor de este minero ciego. Todavía hay caridad en España.

Y todavía hay héroes que quieren vivir de ser poetas. ¡Comedores de caridad de esta buena España! Cuando no puede más la buena España se sacude por un tiempo al solemne pobre, mandándose a la familia lejana, a la buena América. ¡Y dicen que no hay lazos con América!

Llega un día atroz que, como Cervantes "hidalgos, viejo y pobre", el poeta ya no sabe dónde comer, ni parar, ni recitar.

Pero el poeta encuentra al objetivo fotográfico. Más que de pan, el escritor vive de la fotografía. ¡No dejéis nunca de retratar a un escritor, almas caritativas del mundo!

Pobre Villaespasa. Destino de todo escritor, grande o chico. El retrato, la función benéfica... Eso, si llegan... Eso si no llegan el hospital anónimo y la oscuridad espantosa del silencio...

Y, sin embargo, a todo escritor, a todo artista—hombre o mujer—por viejo y angustiado y oscurecido que se halle, preguntadle por sus compañeros: todavía sacará fuerzas para la ironía, para el asesinato, para creerse aún el único o la única. Oficio cruel y sin piedad alguna, con sangre en las uñas para gatear al tablado, a la publicidad, al objetivo, a eso que llamaban los románticos "la gloria", y el romántico Unamuno "hambre de inmortalidad". Muerto de hambre de inmortalidad, el artista se morirá de todas las hambres, asesinará sin vacilar quien delante se ponga... Esta es la herencia que nos dejaron "los Derechos del Hombre" en la Poesía. Esta es la "laización en el Arte": miseria, crueldad, vanidosez, horror. Locura, simplemente. Y asco.

Yo he ido a la función de Villaespasa, heredero de Zorrilla y Salvador Rueda, cascadas sonoras, brillantes, de España. Mientras no se invente otro cielo sobre el mundo, pasemos—sin hablar—al taquillero.

Sánchez Rojas, muerto.

Villaespasa, en su vida, me recuerda al vagabundaje de Carrère. Carrère, en su ilusión, me recuerda a Verlaine. Verlaine, a Villon. Y todos ellos me sugieren la vida desastrosa de ese desastroso y magnífico bohemio que acaba de morir: José Sánchez Rojas, el cigarrón de todos los caminos, como le llamara Gómez de la Serna.

Le vi pocas veces. Nunca le traté. Recibí sus pedradas de caminante contra el que vive sedentario.

Recuerdo haberle disparado alguna vez mi cerbatana.

Sánchez Rojas era el trashumante de Castilla. Se juzgaba con cierto monopolio de la meseta. Algo de lo que ocurría también Eugenio Noel. El idearium del 98 lo vivieron estos hombres como Noel, como Sánchez Rojas, llenándose de chinches en las castizas posadas, quemándose de vinazo y chorizo las entrañas, aguantando granizos, heladas y canículas por andurriales y montaneras.

Este gran laicón y republicano de Sánchez Rojas—laicón de toda la vida—se derretía a veces con Santa Teresa o con San Juan el de Duruelo, o con Fray Luis el de Tormes. Perteneían a su feudo: Castilla. Y eso era suficiente.

También adoptó un aire de introductor de embajadores del Renacimiento que le dió el traducir cosas italianas, sobre todo a Croce. Tenía de Italia una idea muy semejante a la que debe tener actualmente nuestro embajador Alomar: un país arqueológico, cuna de libertades y de turismo, sujeto a una tiranía abyecta.

Sánchez Rojas murió sin libertar a Italia. Pero en plena libertad de España, en pleno Castilblanco de España, en que ya nos comíamos todos—por fin—a todo guardia más o menos civil, de esos que miraban de reojo el paso del gran Sánchez Rojas por los caminos de España. Gran venganza la suya, obligar a todas las autoridades locales, con guardias y todo, a asistir a su entierro. Se le había nombrado cronista oficial de la República. Sánchez Rojas quizá no sabía que ese oficio lo tenía ya el Robinsón. Su muerte me evita un conflicto. Y me hace recordar al compañero adversario con emoción; emoción por encima de todo andurrial y entresijo de la vida literaria.

El premio "Marañón" de "La Gaceta Literaria" para un médico de Valencia

El otro día recibí el fallo que Marañoñ dió al premio por él instituido en nuestra GACETA LITERARIA. Y digo nuestra, porque es tan suya, como nuestra, siempre. Se habían reunido cerca de una decena de trabajos. Marañoñ—el gran hombre del tiempo inacabable—se los leyó uno a uno. Su juicio favorable recayó sobre una firma para él desconocida. Y para mí también. El trabajo premiado se titula: "Notas marginales sobre: *Biologische Einführung in das Studium der Neurologie und psychopathologie, de C. von Monakow und Mourgue, R. Stuttgart, 1930.*"

Abrió el sobre donde venía la nominación y señas del autor. Este era un médico de Valencia, llamado Juan López Ibor.

Le escribí en el acto la buena nueva, felicitándole por su talento y fortuna.

El señor López Ibor me contestó en seguida, resultando un viejo amigo joven de nuestra GACETA. He ahí su carta: "varias veces me he sentido tentado de escribirle; la última con ocasión del primer número de Robinsón. Mi carta le hubiera traído una vez más la vibración y el homenaje (y tam-

bién el agradecimiento) del lector anónimo, por sus libros y por sus actitudes. Le he seguido atentamente a través de LA GACETA LITERARIA en sus cinco años de vida, y deseo que la prodigiosa vitalidad de usted que esto demuestra perdure indefinidamente en beneficio de mucho y de mí mismo. Le agradezco la ocasión que me depaó de optar a un concurso tan agradable como el del Premio Marañoñ. Vivamente le agradezco la noticia del resultado."

En fin—que somos amigos y conocidos, querido López Ibor. Mándenos su retrato para ir junto al de Marañoñ al frente del trabajo premiado. Se lo agradeceré.

¡La verdad es que resulta agradable ayudar en la vida a premiar a alguien! Es una sensación de tipo apocalíptico y eviterno.

Estoy tan contento como usted, amigo López Ibor.

El paraguas de Pedro Salinas

Pedro Salinas, el buen Pedro Salinas, no ha visto bien la observación del Robinsón sobre el Premio de Cipriano y se ha incomodado seriamente con él. Primero por modo oblicuo y luego en larga carta, le ha reconvenido con santa indignación. Yo me pongo en el caso del amigo Salinas, y convengo en que yo me hubiera también incomodado muchísimo con el Robinsón Literario. ¿A qué conduce esa implacabilidad, terrible Robinsón? Yo mismo no sé explicarme lo que le sucede al Robinsón con mis amigos y enemigos. Es un Orlando furioso y vamos a tener que sujetarlo. Le ha dado por eso de la justicia a ultranza y me está rompiendo toda la vajilla. No le enternezco ya con nada. Fiero y altivo, me muerde en la mano cuando intento acariciarlo. ¡Mónstruo! ¡Técnico de la crueldad!

Pero esta mañana, esta mañana le he visto estremecerse.

Hace muchos meses que Salinas vino un día a mi casa. Creo que aque la tarde; cuando aquel ogro de Keyserling. Y se dejó su paraguas. Lo coloqué en un rincón visible, y todos los días lo saludaba al entrar por mi puerta.

Otra vez que Salinas vino a visitarme, con Cassou, le señalé su paraguas. ¿Me lo deja todavía, Salinas? Le aseguro que no lo uso. Lo conservo como puro fetiche. Salinas, siempre condescendiente, me lo abandonó esta vez más. Pasaron nuevos meses de verano y de otoño. Y el paraguas, como ídolo churinga, las faldas negras, el cuello retorcido y nudoso, cuello de cigoiño: allí.

De pronto, el Robinsón me arma este estropicio. Los ojos de Salinas buscan su paraguas, como cartas devolutas de afidanzamiento. ¡Imposible retener ya ese totem ni un minuto! ¡Imposible! Así que esta mañana hube de alargar la mano a la hornacina de tantos meses. Cuando ¡qué horror! siento que una mano convulsa y estremecida sujeta la mía, mientras una voz ronca me imperaba: ¡el paraguas, no!

Era el Robinsón Literario que me asesinaba con los ojos. Hube, pues, de renunciar, atemorizado como por la pistola de un pistolero. Perdón, Pedro Salinas. Sólo los guardias de asalto que fueron a Sallent y a Berga, podrían arrancar a este monstruo su paraguas. Que mi honor y voluntad queden a salvo, con esta desesperada advertencia, frente al imposible Orlando, y frente a usted mismo, amigo mío.



El Anarquismo y España

I.—Problemática del individualismo español.

Las "siluetas" de Baroja.

En el último libro de Pío Baroja —"Intermedios"—hay un muestrario de tipos indígenas y contemporáneos que ha de valer como documentación de dos problemas: para revelar algunos de los modelos vivientes en que la literatura barojiana estaba construida y para contribuir con ello a esclarecer algo de los orígenes de ese famoso tópico nacional: el del llamado "individualismo español". Me refiero a todas esas "Siluetas" de "bohemos", "magos", "anarquistas", "intrigantes", "místicos", "impostores", "profesores" y "chiflados" que Baroja despliega frente a nosotros como el menestral mostraría en su taller los estarcidos y moldes que le sirvieran para su producción operaria.



Siluetas de lumpenproletariat. Muy parecida a la propia faz de Baroja.

No sería difícil identificar muchos de tales "patrones vivientes" con muchos "personajes ideales" de las novelas barojescas.

Pero no es esta labor la que me incita ahora, sino esa otra de investigar los orígenes históricos de tales figuras, tan características de una época como la barojiana, en la cual dichas "Siluetas" son como sus coordenadas, son como sus determinantes.

Epoca—esta barojiana, del postromanticismo hasta la Gran Guerra (186... a 1914)—durante la cual ocurren en el mundo social europeo tres acontecimientos: la fundación en 1864 de la "Internacional de Obreros", de Carlos Marx; la "Alianza Internacional", de Bakunin (1868), y el choque y ruptura de estas dos Internacionales en La Haya, en 1872.

Los "yos" señeros y románticos.

No tengo datos completos para afirmar que el planteamiento del tópico sobre que "el español sea individualista" tenga una fecha moderna y romántica. Pero me atrevería a concluir rotundamente que la génesis de dicho tópico es tempestiva y contemporánea de las "Siluetas" barojescas.

Ya Larra hablaba de nuestro "oscuro carácter", de nuestra insociabilidad, de nuestra tendencia isotizante.

Ganivet remachó esa idea en su "Idcarium"—el magno repertorio de nuestros tópicos "modernos". Y, sobre todo, la remachó con el ejemplo de su

vida misma, con aquel su "yo" estatuario y absorbente:

"Porque esta estatua soy yo.
Mi obra está dentro de mí...
Que sólo el que crea en sí
puede afirmar que creó."

Unamuno—corresponsal de Ganivet— inventa el autodiálogo. Vehículo de su "hambre de inmortalidad", hambre que no es otro apetito sino el de salvar su yo en un Yo trascendente a quien llama "Dios", por llamar de algún modo "el espejo de su muerte", la divinización de sí mismo. (El Dios de Unamuno es tan intrasferible como su chaleco.)

Baroja, en el "Tablado de Arlequín", llegó a esa misma divinización egocéntrica por distinto camino: "el nuevo renacimiento puede producirse, porque debajo del montón de viejas tradiciones estúpidas, de dogmas necios, se ha vuelto a descubrir el soberano Yo."

De ahí que, aludiendo a tal postura, Ortega y Gasset la comentase en su "Espectador" (número 1) como "táctica nihilista". De la que únicamente quedaba "una isla desierta en torno de un Robinsón. El individuo señero: Yo".

El propio Ortega, al cristalizar su sistema filosófico, su punto de vista cósmico, en una frase, no acertó con otra expresión que la de "mi vida", variante vitalista en la escala romántica del egocentrismo.

Los metazoos peninsulares.

Esta suma de "posturas robinsónicas" que han venido adoptando nuestros índices intelectuales desde el romanticismo hasta el último de los Robinsones—este modesto mío, "literario y de España"—ha constituido, sin duda, una de las causas genéticas de ese tópico "del español como esencia individualista".

Otra de las causas generadoras fué el constatar que, no ya nuestros "yos" literarios y señeros se individualizaban, se isotizaban en función de sí mismos, sino que porciones sociales enteras, sectores eminentes de nuestro pueblo, se distanciaban entre sí, segmentándose en colonias pluricelulares, como esos cenocitos o metazoos a los que se se refería Haeckel estudiando el desarrollo de los fenómenos biológicos primarios.

Se ha visto en la moderna "tendencia al separatismo" de nuestras más ricas regiones una demostración "ad populum" de ese hipotético y genuino individualismo hispánico. Así, como en la separación de "clases", de "castas" y en la formación de "juntas de defensa" frente a otras "juntas ofensivas", se ha querido también percibir ese mismo "fermento disociador", que algunos llegan a reconocer como el sustrato de la "civilización ibérica" de nuestro secular "cabilismo".

También se han aducido los testimonios genéricos del tipo nacional por excelencia: "el pícaro".

En la novela picaresca—género "castizo"—veía Andrenio, el gran liberal, las primeras involuciones conscientes de esos tipos individualísticos que encarnarían, andando el tiempo, las "Siluetas" barojescas de mixtificadores, bohemos, impostores, aventureros y buscones.

El antitípico de Ortega.

Hasta tal punto se exageró el tópico del "español es fundamentalmente individualista" que hubo necesidad de crear el antitípico, el contraveneno. Fué el propio Ortega—gran farmacéuta de

"antitípicos"—quien por vez primera salió radicalmente al paso de ese mito peninsular.

"Los que han querido buscar en nuestra patria personajes poéticos de acusada individualidad han fracasado miserablemente—afirmaba Ortega en su estudio sobre Azorín—. El individualismo español es uno de tantos pensamientos ineptos como andan por ahí, formando una mitología peninsular, que tiene envenenadas las fuentes de nuestra existencia nacional."

Y añadía: "Todavía vivimos las formas de la Edad Media, y de ellas la más profunda es la carencia de personalidad individual." "La angostura de nuestro ambiente no permite rebasar los moldes de la vida gremial y normalizada."

De donde concedía Ortega más cierta visión hispánica a Azorín—por pintar la real y auténtica vida española, "típica y gremial"—que a Baroja, "obstinado en encontrar figuras heroicas, individualidades cimarronas, fisonomía personalísima". "Baroja no ha acertado todavía, y es de temer que no acierte nunca."

España, pueblo sin liberalismo.

La tesis o antitípico de Ortega negando "individualidades" a España fué confirmada por la que podría llamarse "escuela liberal" española, cuyo credo paradójico consistió en la negación del liberalismo en nuestro país, ya que el liberalismo no pudo producirse por haber estado nuestro pueblo sometido en exceso a seculares presiones dogmáticas, católicas. Américo Castro, en su "Pensamiento de Cervantes", muestra la agonia del erasmismo en nuestro suelo para sortear los peligros de la Inquisición española. (Su agonía y muerte.)

No es de extrañar que antitípicos de tal índole sigan creando en el Extranjero lo que luego llamamos—asustados ante su reflejo desmesurado—nuestra "leyenda, negra". La afirmación de Klemperer negando a nuestra cultura el Renacimiento no difiere en lo fundamental de la tesis de Ortega.

Asimismo, el profesor Vossler, al estudiar recientemente a Calderón, con motivo del 250 aniversario de su muerte, subraya ese mismo fenómeno: "la autoridad católica vacilaba ya—a fines del XVII—, como efecto del individualismo religioso de los pueblos germánicos, comprometida por el liberalismo espiritual de Italia y Francia, y por el enciclopedismo, que ya alboreaba. Sólo el absolutismo monárquico se sostenía aún en los tronos europeos, y "en ningún país tan firme y rigidamente como en España".

Las masas individuadas.

Yo creo, efectivamente, como Ortega, como Klemperer y como Vossler, que el desarrollo de "individualidades cimarras" estuvo en España dificultado por causas políticas. (Y, tal vez, constitutivas, raciales.)

El Renacimiento y la Reforma—fermentos desarrolladores del Yo, instrumentos liberadores de l'Hombre como categoría autónoma del Ser—tuvieron serias dificultades en nuestro clima cultural. Es indudable que España no produjo un Erasmo, ni un Lutero, ni un Descartes, ni un Galileo, ni un Newton, ni un Kant. Todo lo más, produjo un Cervantes, un Fray Luis, un Feijoo, un Larra: mentalidades literarias: cabalgando siempre entre dos mundos: medievales: penumbrales: verticilares.

Pero al afirmar esa verdad no es negar esta otra: "que las individuaciones humanas dejasen de producirse en España". No en el mundo de los hombres extraordinarios, sino en el mundo ordinario de los hombres vulgares: en el pueblo, en la "masa" misma española.

Yo creo que esa antinomia—que esa

paradoja—debería ponerse en claro algún día.

Para mí existe el "individuo" español en cuanto "masa". Y sólo se han de entender nuestras "masas" en cuanto funciones de "individuantes".

Documentos de comprobación.

Todo observador del pueblo español—bien extranjero, bien nacional—ha estado siempre de acuerdo en admirarse de nuestros labriegos, de nuestros "populares", al acercarse a ellos y encontrarles "individualidad autónoma", "hombria cabal".

Es ese fenómeno, tan inalienable de España, de encontrar la "originalidad" en el "pueblo" y empezar a dejarla de encontrar en cuanto ese mismo "pueblo" empieza a elevarse de categoría social: a aristocratizarse.

Ya lo vió exactamente Borrow: "The Spaniard of the lower class has much more interest forme, wheter manolo, labourer, or muleteer."

He is not a common being; he is an extraordinary man." (El español de las clases bajas me interesó vivamente, ya fuese manolo, labriego o arriero. No es un ser común, sino un hombre extraordinario.)

Keyserling lo confirmó también al asentar categóricamente que "no hay proletarios entre los españoles castizos".

El mismo filósofo de Darmstadt explica tal suceso filiándolo al de una cultura como la netamente española—de tipo desértico, africano: "Para el habitante del desierto el valor "personal" lo es todo." Tal mentalidad sólo puede comprender la justicia abstracta, cuando aparece como expresión del sentimiento inquisitorial, en el cual se impone la vida personal y apasionada y la voluntad de dominación. Nada ha sido en España tan popular como la Inquisición; "todo movimiento de justicia acaba allí inquisitorialmente".

Otro documento, que nunca me cansaré de señalar y repetir para la valoración del individualismo hispánico, es aquel del "loyolismo", la fórmula portentosa que encontró Loyola para fundar sus seculares milicias de sustancia típicamente nuestra.

Loyola fué el solucionador del problema de la "Gracia"—que defendían los nórdicos protestantes—con el problema del "libre albedrío"—que defendíamos nosotros.

Todo hombre podía salvarse—según Loyola—"cuando le diese la real gana". Bastaba un minuto de voluntad, de arrepentimiento, para alcanzar la "Gracia". Caso de Don Juan y de todos los héroes de nuestra dramaturgia clásica. ¡Gran fórmula esta de "aristocratizar", de "selectar", de "salvar", de "individualizar" a la masa, al demos, al pueblo, con un simple ejercicio de voluntad pura!

Recientemente Waldo Frank, en un estudio sobre "El oro y la máquina", publicado en el número 4 de la revista "Sur bonaerense, destaca perfectamente este "individualismo" de la "cruzada popular", que fué la conquista de América por España: "Los católicos habían luchado desatinadamente por entender y asimilar otra verdad que no fuese la salvación "individual": le beatitud debe ser universal, puesto que cada alma es una parte del todo."

Conclusiones, en gráfico.

Sentado cuanto antecede podríamos llegar a estas conclusiones: "el individualismo en España es un fenómeno moral y no intelectual. De carácter y no de ingenio. Popular y no burgués. De conducta humana y no de investigación científica."

El gráfico del individualismo español no puede representarse por la crestería irregular, espaciosa, discontinua y nu-

mérica de una "cordillera", de una montañosa sierra altanera. (En España no hay cimas. Todo lo más, alcores.) En cambio, pudiera muy bien imaginarse tal gráfico, como el festón regular, continuo e innúmero, que hacen los surcos sobre un horizonte de altiplanicie. Todos iguales y todos diferentes. Cada camellón de gleba: como eminencia en sí.

País sin filósofos.

La filosofía renacentista, libertadora del "Individuo" frente al "Dogma", del hombre frente a la "Iglesia", repitámoslo, no tuvo repercusión genial en España. ¿Cuáles fueron y cuáles son nuestros grandes filósofos y científicos?

¿Cuáles, nuestros geniales criticistas? ¿Cuáles nuestros eximios humanistas?

Cuando Menéndez Pelayo quiere escribir la "Historia de los heterodoxos españoles", y Bonilla, su discípulo, la "Historia de la Filosofía española", todos los materiales que acumulan quedan como al servicio del folclor hispánico.

Sus historias quedan como historias de supersticiones, sectas; de proverbialismos. O bien como un esquema de literatura didáctica (antigua, medieval y moderna).

Señalan también como "castiza filosofía española" las lucubraciones místicas de nuestros místicos. Como si la *mística española* fuese labor de "intellecto"—esto es, de filosofía. Y no labor de "carácter" (amor, voluntad, pasión).

El místico llega a la "Verdad" con el corazón y las entrañas, aunque él crea pertenecer a la mente ese conocimiento visceral.

El místico es un "Yo", sí. Pero en función de un "Todo": Dios. Su "individualidad" está condicionada por una totalidad que le subsume.

La mística en España fué la forma "popular e individuante" que adoptó la investigación metafísica del Ser. El "Ser" no se presentó a nuestra mística como "Problema", sino como "Apetencia", como "Vehemencia", como "Que-rencia".

Aceptemos bravamente — amigos — el que España no haya tenido filósofos.

Aceptemos más: la imposibilidad de que los tenga.

Pero, en cambio, aprestemos nuestras defensas para garantizar a España la repercusión moral de todo alto problema humano en el Mundo.

Desembocaduras populares del idealismo.

Así vemos, en el siglo XVIII, las mediocres resultancias que el movimiento enciclopédico y sensualista de Francia tuvo para nuestras esferas de alta cultura.

Del mismo modo contemplamos la pobreza en resultados originales del movimiento idealista germánico del siglo XIX. Recordemos el krausismo.

En cambio, confrontemos.

La labor criticista y liberadora del siglo XVIII, si no tuvo repercusiones de alta categoría teórica, las tuvo morales, políticas: ahí están las guerras hispanoamericanas de independencia. Ahí está ese volcánico siglo XIX de España.

Asimismo, las corrientes ideales de un Fichte, de un Schelling, de un Hegel, ¿qué producirían en España? ¿Una soberbia escuela filosófica?

No. Producirían lo que produjeron en Rusia: un retembler romántico, difuso, social y angustioso.

La desembocadura del individualismo germánico en Rusia dió nacimiento a un Bakunin.

Y Bakunin, ¿no fué el fermento de estos pueblos mediterráneos como Italia y España, que encontrarían en el anarquismo el "renacimiento" popular del "yo" frente al Dogma, frente al Estado?

Las "Siluetas" de Pío Baroja nacen

y se desarrollan en esa atmósfera bakuniana y anarquista de España.

Los génesis de esos personajes barojianos—que son "Individuos típicos"—tienen una fecha exacta y social. Pertenecen a esa última crisis del romanticismo, del humanismo, que produjo en Europa la vuelta al mito de una Edad de Oro, de una Arcadia feliz, de un paraíso humano donde no existiese la vida cotidiana, sucia y cruel, del siglo que se vivía. Pertenecen las "Siluetas" de Baroja a los recortes de ensueño que perfilaron—1864-1868—Carlos Marx y Miguel Bakunin sobre el Mundo.

II.—Bakunin.

El tema del vagabundo.

Esas *Siluetas* de Mixtificadores, Impostores, Místicos, Intrigantes, Aventureros, Farsantes, Vagos y Anarquistas que caracterizan la obra de Pío Baroja, incitaron, un día, a Ortega y Gasset a definir tal obra como "una especie de asilo nocturno donde únicamente se encuentran vagabundos".

El tema del vagabundo, del aventu-

cararía más hondamente su romanticismo, sería en el país más romántico de Europa: Rusia. La Rusia de Gogol, Dostoyewski, Bakunin y Gorki. Miguel Bakunin confiesa que una de las lecturas que más le impresionaron fué esa de *Los Bandidos*, de Schiller. Andando el tiempo querría organizar políticamente a los salteadores de caminos en Suiza. Bakunin vió en el *lumpenproletariat* y en el *gangster*, en el bandido y en el vagabundo, el mejor instrumento de sus teorías. Baroja—descendiente teórico de Bakunin—haría también de su obra, a lo Gorki, "un asilo nocturno para vagabundos".

Bakunin.

Se ha traducido hace poco en España (Editorial Ulises) la *Vida de Bakunin* que redactara Helena Iswolsky, la cual, por pertenecer a la familia Iswolsky de Irkutsk, donde estuvo desterrado el nihilista ruso, tuvo ocasión de interesarse hondamente por esta vida.

Bakunin provocó una abundante literatura internacional. Entre la referen-

frenéticos, excesos imaginativos y sensuales, lecturas y conversaciones interminables, té y tabaco).

La infancia y adolescencia de Bakunin están caracterizadas por esa sistemática rusa de "escapar a las normas por todas las formas".

Los primeros choques de esta sistemática nerviosa, la tuvo en su mismo hogar, de Premukino. Miguel creó en su propio hogar de Premukino, un complejo tan turbio, que me extrañaría mucho saberlo inexplicable por los psicanalistas de histerias históricas.

Bakunin creó un *Complejo de Edipo*, contra su padre. Pero en vez de hacer recaer su *Líbido* sobre la madre, la extendió sobre sus cuatro hermanas, en especial, sobre la pequeña: Tatiana, en quien poco a poco fué concentrando una rara pasión de poseído.

Junto a estas taras históricas y sentimentales — "yo me he maleado por amor", confiesa Bakunin—es interesante conocer sus obsesiones ideales: sus influencias, estudios y lecturas.

A las catorce años ya se rebelaba "contra la injusticia y la crueldad del mundo" pretendiendo formarse "un ser interior".

Por un filósofo amigo de Premukino —Stankevich—entra en contacto con la filosofía idealista de Schelling y Fichte. Lee a Kant. Y se arrebata con los lirismos de Herder y Richter. La reacción de estas lecturas en Bakunin fué esa de sumergirse en una "visión estática continua" en medio de humaredas de tabaco y música de piano de sus hermanas. Y traiciones al espíritu militar, a su cadetismo de artillero. Y choques constantes con su padre. "Fichte me enseñó —dice Miguel— a quererme hacer un Hombre". Así, *Hombre* con mayúscula. Algo autónomo, libérrimo e independiente. Tras Fichte, cae bajo las garras de Hegel. "Las garras de hierro de la realidad", "La personalidad absoluta", "La existencia en sí", "La Idea".

Los dos partidos.

En Rusia—como en España, el otro país fronterizo de Europa—existían de antiguo dos partidos ideológicos que habrían de tener consecuencias políticas fecundas. El partido de los "occidentales" y el de los "eslavófilos". Esto es: el de los "europeizantes" y el de los "castizos".

Bakunin tenía sus mejores amigos entre los "occidentales". Los filósofos como Herzen y Ogaref (los Ortega y Morente de Rusia) ejercieron sobre su juventud una influencia decisiva. Le impulsaron a abandonar la vida local y provinciana. Le infiltraron el ansia del viaje. Le sembraron el fermento del "universitarismo extranjero".

Fermento europeo.

Bakunin logra llegar a Berlín. Y estudiar filosofía. Y conocer a Strauss, a Feuerbach, a Stirner. Pero su ciudad soñada era París. En París fermenta la tertulia de la Plaza de Orleans. Llega a ser un íntimo de Jorge Sand. Conoce a Blanc, a Arago, Lammennais, Quinet, Michelet, a Proudhon, a Corot, a Tolstoi, a Delacroix, a Litz, a Garibaldi... En la



Un asilo de vagabundos.

tero, tenía dentro de España una génesis mediata y popular en la novela picaresca. O sea: en aquel género democrático y vulgar, donde encontraría la España castiza desembocadura e interpretación de las corrientes criticistas e individualísticas del Renacimiento.

Pero la génesis inmediata de ese tema estaba en las últimas repercusiones que el individualismo humanista produjera en la Europa romántica.

(El fin del Renacimiento—ha dicho exacto el filósofo ruso Berdiaief—se caracteriza no sólo por el socialismo, sino, sobre todo, por el desarrollo del anarquismo. La democracia humanista rompe la base religiosa del Estado y crea las condiciones para su derrumbe anárquico. El anarquismo es el final del Estado, obra del Renacimiento.)

En efecto: Francia creaba el tipo del aventurero balzaquiano. De los "misérables" victorhuguescos. De los héroes tendhalianos. De las *confesiones* y *sinceridades* rousseauianas, lamartinescas y mussetianas.

Inglatera había descubierto los suburbios londinenses con Dickens y las aventuras piratescas con Bulwer, Stevenson, Morley Roberts, Kipling.

En Alemania, desde *Los Bandidos* de Schiller existía una corriente de Ideal y Fantasmagoría que sería alimentada por las derivaciones filosóficas del idealismo germánico.

En Italia era la época de los protagonistas populares a lo Garibaldi, a lo Mazzini, de las sociedades secretas, carbonarias y terribles. Pero donde el tema de la Aventura y del Vagabundaje, en-

te a su vida, deben citarse las recopilaciones de Yury, Steklov, con notas de Kornilov, editadas por los soviets de 1925 a 27.

Pero la literatura más interesante sobre Bakunin es aquella contenida en las obras de grandes artistas. Por ejemplo: en la *Vida* de Wágner. En las ideas sociales de George Sand. En *Los Poseídos*, de Dostoyewski.

También deben consultarse *Los de-cembristas*, del príncipe Sergio Volkonsky—creo que con traducción española.

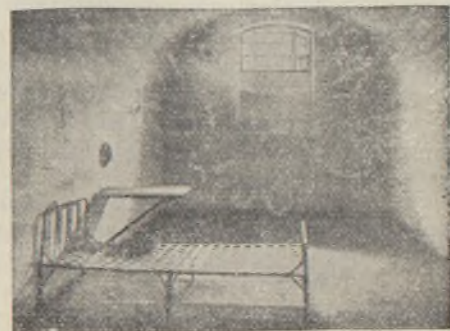
Para el período de los últimos años de Bakunin, aquéllos de su vida en Italia y Suiza, deberá tenerse en cuenta una excelente novela actual, cuyos dos interesantes volúmenes debían traducirse al español: esa de Ricardo Bacchelli, *Il Diavolo nel Ponte Lungo* (Milano, 1927.)

Una adolescencia muy rusa.

¿Cómo fué Bakunin? ¿Quién fué Bakunin?

Bakunin fué un hijodalgo, romántico: un señorito ruso: uno de esos extraños seres—tan típicos—de la Rusia revolucionaria, que hacían perdonar sus orígenes aristocráticos y nobles sumergiéndose en pueblo, anonadándose.

Bakunin tuvo una infancia y una adolescencia como tantas otras infancias y adolescencias de señoritos provinciales rusos. Por un lado: una disciplina tradicional y rígida (patriarcalismo, deberes religiosos, educación militar, veneración al zar). Y por otro lado: una indisciplina moral hasta el absurdo (amores



Celda de Bakunin que se conserva en Rusia.

revuelta de Dresde (1842) intimaría con Ricardo Wágner.

Es en París donde Bakunin descubre su fondo insobornable de volcán rebelde: su destino de haber nacido bajo el signo de *Pólemos*, como dijo Heráclito, el signo de la *Rebelión*, del *Polemismo*.

Es en París donde se fragua la frase suya famosa que le haría inmortal; la frase que informaría todo el credo anarquista: esa que llegaría desde Premukino hasta la pluma de Pío Baroja en Vera del Bidasoa: "La pasión de destruir es una pasión creadora". Destruir es crear.

En París es donde se descubre que él era "un demócrata violento". Bakunin portaba una larga y flotante melena rubia. Sus ojos eran dos ascuas azules. Sus facciones: irregulares y apasionadas. Su corpulencia: de un titán.

(En España y en el mundo, aun se reconoce a los anarquistas por su tendencia a la chalina, a los pelos largos; a lo flotante y romántico.)

Bakunin y Marx.

Bakunin tropezó por vez primera con Marx, en París. Desde el primer instante se repelieron mutuamente. Marx era un señor de levita correcta, de cuello rígido, almodonado; de pechera impecable, donde se balanceaba un monóculo. Era un barba apostólico y pedante, Marx. Mientras Miguel resultaba el símbolo mismo de la pasión y del desorden.

Bakunin nunca se recató de enjuiciar sincera y valientemente al fundador de la Internacional: "Marx es vanidoso, pífido y solapado". "Marx carece del instinto de la libertad". "Marx es un autoritario de pies a cabeza".

El retrato de Marx era exacto. Demasiado cara le costaría esa exactitud al pobre Bakunin. Marx le persiguió de un modo pífido, solapado, jesuíta. Difundió calumnias infames contra el líder del anarquismo, acusándole, entre otras cosas, de estar al servicio de la Policía.

Marx fué implacable. Cuando Bakunin se resignó por fin a someter su "Alianza" dentro de la Internacional marxista, ésta le rechazó de modo inexorable. Y sin embargo, los marxistas, ya desde entonces utilizaron el anarquismo como instrumental de sus fines, como vanguardia de sus planes.

"Utilicemos a Bakunin—escribía Engels en 1865—; pondrá bombas a Mazzini."

El mitin de Granada.

Estas luchas de marxismo-bakunismo, de comunismo y anarquismo, es posible que no hayan terminado tan fácilmente en la historia. Ni terminen.

Aquellas "citas a controversias" que culminaron en la rotura de La Haya (1872), las vemos todavía reproducidas hoy—por ejemplo—en España. Donde el comunismo, siguiendo la solapada táctica marxista, continúa poniendo a contribución el esfuerzo heroico y apasionado de nuestros castizos anarcosindicalistas.

Yo sigo con atención emocionada, en nuestra España, esos choques ideológicos y polémicos—como ese mitin de la Plaza de Toros de Granada—donde el sol y sombra de Bakunin y Marx lidiaron todavía encarnizadamente.

Los anarcosindicalistas—siguen en España dando el pecho. Ellos siguen siendo los héroes, los protagonistas de los movimientos, con su mito revolucionario y místico de la "huelga general", pero son los comunistas—desde sus baluartes seguros, reglamentados y autoritarios—los que intentan canalizar el agua del molino hispano.

Pero el comunismo tiene bastante harina que moler en España, antes de encauzar "el instinto de libertad" de nuestros individualistas. Lo mismo les suce-

dió en Francia, donde nacería el gran Sorel, creador de mitos; y peor les sucedió en Italia, donde el plan marxista se les dispararía por el revés: por el fascismo.

Origen anarquista del fascismo y de los soviets.

Se sabe corrientemente que el fascio fué el símbolo de la historia romana: el *haz lictorio* que portaron los legionarios de César en su expansión imperial por el mundo; esto es, un hacinamiento de estacas campamentales, castrenses—rodeando un hacha, para la tala y construcción. El *haz lictorio* fué desde entonces el símbolo del Senado y del Pueblo romanos (S. P. Q. R.): el mito de toda "unión" y toda "estructuración".

Mucha gente cree—que Mussolini—tuvo que remontarse exclusivamente a esos pretéritos y académicos tiempos de Augusto para emblemizar su partido con un signo tradicional. Nada menos exacto. Mussolini recogió ese símbolo, no sólo de la tradición imperialista de Roma, sino, y sobre todo, de la tradición anarquista y operaria de la baja Italia. Aun cuando luego fundiese esas dos tradiciones; ya que el fascio es, ante todo, un *blasón corporativo*.

El anarquismo fué fundado en Italia por Bakunin, de acuerdo con Mazzini, y con De Felipe.

Mazzini organizó en 1848 la Unión Fraternal de las Sociedades Operarias. Perseguidas tales "uniones fraternas", esas "hermandades" se convirtieron en sociedades secretas, que pronto se pusieron en contacto con las populares agrupaciones de Sicilia: haces de obreros y campesinos reunidos bajo el nombre de *fascii*. El primero de estos *fascios* se fundó en Catania por De Felipe. Y ayudado por Bosco los extendió a Mesina, Palermo, Trapani y otros lugares meridionales, siendo sus periódicos *Il Povero*, *L'Isola*, *Lo Scarafaggio*, *La Giustizia Sociale*.

De este movimiento anarcosindical del siglo pasado—ya antimarxista en sus orígenes proletarios—nacería la tradición de *fascios antinternacionalistas*, que recogerían Corridoni y Mussolini, encuadrándolos por fin en un neto carácter nacional e italiano. Pues fascismo—esencialmente—no es otra cosa que *sindicalismo nacionalizado*.

Lo mismo podría afirmarse del momento ruso, cuyos haces de obreros y campesinos tomarían allí el nombre de *soviets*. Por algo el sovietsmo actual honra en Bakunin uno de sus patriarcas máximos.

Como en Italia es cierto que venció en Rusia lo *autoritario*, el *antinstinto de libertad*; que venció aparentemente el



Visión del Paraíso en el dibujo de un loco.

espíritu jesuíta, solapado e inexorable de Marx. Pero venció gracias a las *organizaciones libertarias (fascios, soviets)* de obreros y campesinos. Pero tanto en Rusia como en Italia, si venció Marx fué a condición de ser previamente derrotado. Lenin y Mussolini *nacionalizaron* la Internacional de Marx. El secreto de comunismo y fascismo es esa enorme paradoja política: lograr un *Internacionalismo con haces nacionales*. Utilizar los grupos *libertarios* para un Estado *antiliberal*.

¿No había en el fondo de Bakunin—genialmente, como en el fondo de Lenin, después—esa misma magnífica paradoja?

Aunque afiliado Bakunin en su juventud al grupo de los "occidentalistas", de los "europeizantes", de Herzen y Ogaref—pronto se descubrió a sí mismo su esencia típicamente rusa, genuina, *dos-toiewskana, leninesca*. En el 48 escribía estas líneas: "Deseo una república..., pero ¿qué república? Nada de estado parlamentario. El catecismo de los liberales de Occidente no fué nunca objeto de mi veneración." Por eso le definió Wagner—a este espíritu—así: "En Bakunin se enlaza una barbarie—enemiga de toda civilización—con el idealismo más exigente y puro."

Bakunin era un místico. Un mesiánico. Un creador de paraísos. "¿Quién no es un místico entre nosotros?"—se dice Bakunin—. No puede haber vida sin misticismo. La vida sólo comienza a existir cuando se abre un horizonte místico."

En Bakunin se abre—por última vez hasta ahora en el mundo—el gran horizonte de la *Edad de Oro*. Bakunin fué el titán cristiano que supo nuevamente descerrajar—ante las masas innumerables de los humildes de la tierra—la puerta inefable de la *Felicidad*: el siempre viejo y nuevo sueño de esa *Edad dorada* en que soñaron todos los Quijotes del mundo, todos los Cristos del mundo, del mundo pagano, egoísta y corrompido. Como era el mundo de Occidente—a fines del pasado siglo—al entrar en decadencia. ¡Ocaso humanista y capitalista del mundo occidental, europeo!

¡Mundo que se deshace en anarquía, y en sueños de paraísos áureos y de liberación total!

III.—La Edad Dorada.

Las bellotas de Don Quijote.

A Bakunin se le ha comparado con un poeta infernal, que concibiese la Humanidad como algo infinitamente flúido, donde nada hubiera "consciente y organizado", "tiranía ni explotación alguna", "forma alguna de Estado". "Es menester abolir por completo en principio y en hechos todo lo que se llama poder político, porque mientras el poder político exista, habrá dominadores y dominados, amos y esclavos, explotadores y explotados." Suprimir el *tuyo* y el *mío*.

A finales del siglo XVI—fin de aquella etapa humanista donde nacería Don Quijote—podían escucharse en Europa las mismas preocupaciones.

("El anarquismo—repetirá Berdaiev—es el final de todo renacimiento humanístico.")

¿Qué voz mejor que la de Don Quijote—el gran antecedente hispánico del anarquismo ruso, el amigo del *lumpenproletariat*, de los mendigos y de los desvalidos?

¿Recordáis su discurso de la *Edad dorada*, aquel discurso que le inspiran un simple puñado de bellotas, ofrecidas por unos pastores?

"Dichosa edad..., entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes." (Fijaos bien: "santidad del comunismo"). Sin trabajar. La Naturaleza pro-

vidente y materna. (Agua, miel, techumbres naturales.) *Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia*. La mujer, sin malicia. La justicia, sin "ley de encaje". Toda la Humanidad y la Naturaleza sin "artificio alguno".

¿Cómo no soñar en esa edad? ¡Romanticismo de Don Quijote! Romanticismo de Bakunin.

Las fuentes aureas.

¿De dónde venía ese romanticismo? ¿Cuáles eran sus fuentes aureas?

En esas Cosmogonías viejas que recogería la Biblia, ya estaba inserto el sueño de la Edad de Oro, del Paraíso Perdido.

Los antiguos, también conocieron ese



El entierro de la sardina, por James Ensor.

sueño, que encarnó genialmente en las fiestas saturnales de Roma, aquel místico carnaval, de finales de diciembre, en que se *suprimía toda categoría social, toda separación entre amos y esclavos, entre explotadores y explotados*, al grito callejero de las masas: ¡*Io Saturnalia!* ¡*Bona Saturnalia!*!

También conocieron esa Edad saturnállea y dorada, los viejos pueblos medievales. En la Dacia se veneraba a San Dasio, una especie de símbolo de poder, que se asesinaba y quemaba en determinado día. (En España, es quizá el *entierro de la sardina*, *miércoles de ceniza*, ese fasto día de final saturnálico.)

Saturno era un dios de la siembra; el dios de la fraternidad humana del pan: el dios de la conquista del pan, dios kropotkiniano.

Se ven sus huellas comunistas y románticas en el *Dios del Haba*, de algunos pueblos galos. En la fiesta medieval del *Rey de los Locos*. En todas esas festividades donde Saturno (heredero del Padre Cronos) suena su hora licenciada, cósmica y desenfrenada.

Vaga edad de oro son todavía toda carnestolenda, toda noche noélica, todo mediodía pascual.

Entre los iroqueses aun se conservaba hasta hace poco el llamado "festejo de los sueños", que consistía en expulsar los espíritus malignos destruyendo cuanto se encontrara al paso: de vigwam en wigwam: destruyendo, destru-



Nudismo, de los Vandervögel.

yendo: es decir, creando un nuevo mundo puro y beneficiado: mundo bakuniniano.

No sólo los antiguos y los medievales soñaron con la fiesta de los sueños: sino que el Renacimiento reaviva la flama de su oro.

En el Renacimiento se caracterizó esta vuelta a la *Edad de Oro* por conatos de *vuelta a la naturaleza*.

Se ha visto en S. Francisco (1226 +) uno de estos primates auriductores.

Los *Laudes creaturarum* servirían de enlace a los romanticismos naturistas de un Dante, de un Petrarca.

En pleno siglo xv, Lorenzo Valla, emocionada Dios con Naturaleza. (*Idem est natura quod Deus.*)

En el siglo xvi se observa en el humanismo la tendencia a resucitar todo "lo originario", "puro", "natural". Ven-se poner de moda: juegos infantiles, sabidurías populares, lenguas vulgares, tipos libres de gitanería: esto es, *días geniales y lúdicos*, que diría nuestro Rodrigo Caro.

En la literatura surge el culto de los géneros idealmente naturistas: representación genuino de los cuáles: *la novela pastoril*. (Hay autores antiguos que empiezan a idolatrarse: el bucólico Virgi-

Cuando Keyserling apuntaba "un mundo que nace" encendía de nuevo un sueño de oro.

Europa, el mundo, está cansada de civilización y de artificio.

Los mejores poetas y artistas se dedicaron—tras de la guerra—a los largos viajes por las tringas, ocultas culturas.

Se puso de moda al hombre de color, al salvaje y al niño.

Morand ya lo dijo: que sólo el hombre se siente viejo cuando los nietos le rodean. Europa se sintió rodeada de bárbaros, de culturas infantiles.

Se puso de moda la Baker y el jazz-band. Y el idolo filipino y los tabúes picassianos.

La pintura se hizo cavernícola y primitiva.

La poesía—con dadaístas, futuristas,

superrealista español Luis Buñuel, o sea, hace un mes, cuando presentara aquí su "Edad de Oro"—se me apareció con la testa rapada, como un proletario de cualquier masa. (Con la masa encefálica de un proletario.)

Se acababa de afiliarse al comunismo, como Dali, y como lo están todos los superrealistas.

¡Volver a la masa, a la nada, a todas las pasiones sueltas, sin freno alguno! Destruir y anular toda convención, todo artificio, toda moral, toda religión, todo atadero.

He ahí la nueva moral de la juventud bárbara, de esa que se juega el pobre y académico Curtius desde Berlín.

No es un azar, que el film más representativo del superrealismo, se llame *L'Age d'or. La Edad de oro*. Y que su autor sea un aragonés, un español de tierra de pistoleros, de tierra de anarcosindicalistas, de esa tierra donde antaño ardió la Inquisición y donde hogaño humea la sangre de toro de capea, y la pistola del crimen social.

¡Edad dichosa aquella!...

Ya en 1873 contaba España con 270 Federaciones anarquistas, 300.000 afiliados y 10 periódicos.

El anarquismo colectivista, sindicalista—entró en España, como en Italia y como en Francia—, a través del espíritu genial y fecundo de Bakunin.

Esa semilla es la que brota y la que sigue brotando en nuestras luchas sociales, en nuestra política, en nuestro arte, en nuestra literatura.

Actitud robinsoniana y romántica ante la vida. Esperando todos una *edad de oro*.

En el siglo xv llegó a España esa Edad de Oro: el mundo virgen de América, y una férrea Inquisición para canalizar el estallido de nuestra expansión por el mundo.

Pero agotado ese sueño, España volvió a su sueño, a crear el Quijote, a las



La edad de oro, por Rousseau.

lio; el poeta del *Beatus ille*, todos aquellos, del retorno a lo que es como Dios, a la pureza natúrea. No es sólo Don Quijote, el que quiere hacerse pastor. Sino todos los caballeros y damas de las cortes europeas, cansados del *artificio cortesano*.

Hay un *desprecio de corte y alabanza de aldea*: ¡Volver, volver a la naturaleza, a lo elemental de la vida! ¡Al villano del Danubio, que diría nuestro Guevara.

¡Madres, nutrid vuestros hijos con vuestros pechos!—viene a clamar Erasmo—. Repitiéndolo Montaigne. Y codificándolo Rousseau.

El romanticismo del siglo xviii—en pleno rococó—es esa vuelta a las pastorales de Fontainebleau y de Versailles.

Es Bernardino de Saint Pierre y sus horizontes exóticos y aborígenes. Y Chateaubriand, con sus Natchez, Atalas y Abencerrajes avivaría esa vuelta a la natura: a la revolución "por los Derechos del Hombre".

De los *Derechos del Hombre*, del *individuo*, saldría el proudhonismo: saldría Bakunin.

¡Final del humanismo, del anarquismo! ¡Destrucción del Estado y del Hombre! *Destruir es crear*.

Infiernos del Bosco.

Es indudable que Europa atraviesa nuevamente una crisis de desesperación y nostalgia, de decadencia y de ensueño. Una nueva etapa romántica y anárquica, que recuerda los infiernos del Bosco.

La Gran Guerra, exacerbando las pasiones y poniendo en juego la Vida con la Muerte, Luz y Sombra, desencadenó las furias de esta crisis. Apenas contenida por esos titanes de "la reconstrucción" que se llaman Lenin, Mussolini, Hitler, Mac Donald, Briand, Hoover...

Cuando Spengler señaló el *ocaso del occidente*, finita la guerra, sabía lo que señalaba.

ultraístas—se puso a balbucear como una criatura.

El cinema comenzó a acercar—imágenes, sonidos—las selvas vírgenes y los paisajes inabundables. Un mundo de fieras, vegetales, luces y estremecimientos extra humanos. La literatura se deshumaniza. La política se abarbara. Rusia exalta sus *masas*, su *Hombre-Masa*, su *Dividuo-Máquina*.

Italia resucita el fondo bárbaro y genial de su ruralismo y de su historia antigua.

Empieza a obsesionar los nervios de Europa—la faz inmóvil y terrible de China.

Los obreros del mundo—invasión de bárbaros, vertical—ascienden en marea de infierno por las calles de hierro y cemento de las ciudades.

La humanidad burocrática de las grandes urbes se lanza al campo y se pone en pelota—desarrollando esa fiebre *naturista* y *antipudorosa*, cada vez más creciente.

Se hace del deporte un culto mágico. Y del amor en libertad otra magia cultural.

Nace la filosofía que podría llamarse cubista y sobrehumana. Cohen, Husserl, luchan contra el antropologismo. La gnoseología crítica tiende a un conocimiento deshumano. La fenomenología aparece como una sospecha de la relatividad y precariedad del conocimiento.

La física se relativiza con Einstein. La poesía y la pintura terminan por desembocar en el mundo de los sueños que ha inventado Freud: el gran brujo de la nueva *fiesta de los sueños* en que nuestros artistas jóvenes—como los salvajes iroqueses—irrumphen desbrozando todo.

Destruir es crear—dice el superrealismo en su secreta "orden del día".

Cabeza al rape y âge d'or.

La última vez que vino a verme el

Castilblanco



Ahora que el eco atroz de Castilblanco queda como aplastado por todos los ecos posteriores—Epila, Jerez, Bilbao, Berga, Sevilla, Coruña, Jaén, Sallent y toda España; ahora que se representa en un teatro *Fuenteovejuna*, de Lope, para justificar dramáticamente la aseveración hecha por Marañón en *El Sol* de que Castilblanco—los guardias machacados en Castilblanco—fueron como el comendador de Fuenteovejuna—quiero recordar una anécdota, al parecer sin importancia.

Era casi un año antes del advenimiento de la República, A raíz del Gobierno Berenguer. Una noche. En que yo estaba en la *Revista de Occidente*, silencioso atento y respetuoso como siempre asisto a toda tertulia, ya que yo soy un pésimo tertuliano hablador. Me gusta ver, callar, oír, y luego dar vueltas y vueltas a lo visto y oído.

Y recuerdo que aquella noche, don José Ortega y Gasset, preocupado con recientes lecturas sobre la Historia de Inglaterra nos expuso su teoría básica de la libertad, que luego—a los pocos días—aludiría en uno de sus escritos. Para Ortega tenía menos importancia el que en la calle sucediesen algunos disturbios (atentados a la propiedad, e incluso crímenes) a que se allanase la morada de un libre ciudadano dictatorialmente, sin respeto a ley alguna de convivencia civil.

No recuerdo exactamente las exactas palabras del maestro Ortega. Pero la sustancia, queda apuntada.

Ahora bien: yo me imagino esta *teoría libertaria*—rodando y transformándose desde la ebúrnea mente de un filósofo hasta la cenagosa interpretación de un diputado socialista, de un delegado sindicalista.

Que la libertad proteste la norma—diría el filósofo—cuando la norma sea contraria a la libertad del ciudadano.

Que la libertad machaque al guardia civil—diría el líder de Castilblanco—cuando el guardia civil, que es la norma del pueblo, sea contrario a la libertad de los ciudadanos castilblanquenos.

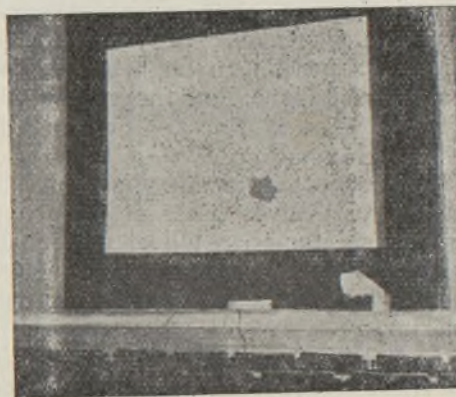
Lo de Castilblanco—señores—no fué un crimen atroz. Fué, sencillamente, la puesta en marcha, la última y leal consecución de una teoría: de la teoría de la *libertad*.

Lo de Castilblanco—señores—no tuvo que ver absolutamente nada con Fuenteovejuna. Pues Fuenteovejuna fué un movimiento de santa justicia colectiva contra una personal tiranía. Contra un despotismo miserable. El don Fernán aquél, violaba las mozas del pueblo. Los guardias de Castilblanco estaban prometidos con ellas. Y ellos mismos eran carne de pueblo.

Lo de Castilblanco—señores—no fué un caso de barbarie hispánica por falta de *cultura*. Por falta de escuelas ni de ediciones de la Biblioteca Zozaya. Castilblanco era pueblo tan sensato, tan normalmente civilizado y humano, como el resto de los pueblos españoles. Es no querer conocer a España, es insultar a España—sostener lo contrario.

Lo que sucedió fué que teorías exigentes y remotas, recaladas en la Península y puestas en rápida circulación, por nuestra vehemencia característica—explotaron en las manos de unos pobre paletos; como explotan las granadas abandonadas en un campo de maniobras en las manos de los pobres villanos que intentan examinarlas.

Lo de Castilblanco—fué un sencillo accidente, muy explicable. Sobre el que sólo debe verse piedad, comprensión y absolución total de los culpables.



La pantalla donde se proyectó *L'Age d'or*, tras el ataque antirromántico de los camelots.

añoranzas de otra "expansión en común".

Y así seguimos. Cada español en su isla anárquica. Una pistola en mano. Y un ansia nostálgica en las entrañas.

Todos en discordia y guerra—destruir es crear. Pero por los entresijos, aquella ilusión del pobre Quijote: *¿dónde estará aquella santa edad de las cosas comunes?* Dichosa edad donde todo habría de ser "paz, amistad y concordia". ¡Dichosa edad dorada!

EL ROBINSON LITERARIO DE ESPAÑA

CONSTITUYE LAS LETRAS DE ESTA REPUBLICA DE LAS LETRAS
CONSTITUYE SU ESPEJO DE AGUA SALINA
CONSTITUYE SU JUEZ DE PAZ
N DIA CONSTITUIRA SU BIBLIOTECA

FOLLETÍN DIECIOCHESCO

LAS MUJERES DE COGUL

VI

EN QUE NOS DAMOS CUENTA DE VIVIR EN EL SIGLO XVIII, Y, SIN EMBARGO, EN PLENO CAVERNICOLOGISMO

(Continuación.)

Mientras llegaba la noche y el relato dichoso de mi náufraga seguía llenando mis horas de sueño, con ensueños sin sueño, paseamos, corrimos, gozamos, nadamos, pescamos y hablamos apasionadamente.

En uno de estos remansos de amor y de correría le dije así:

—Señora mía de mis desvelos, premio de mis soledades, cima de mis afanes, ¿puedo preguntaros algo que me satisfaga una curiosidad reciente?

—Preguntádmelo, querido Robinsón. Pero permitidme que, a mi vez, y previamente, os pregunte yo algo importante.

—Soy todo atención religiosa para escucharos, para responderos.

—Pues bien, Robinsón, ¿por qué hablamos tan amaneradamente desde que nos conocimos?

—Señora, porque estamos en el siglo XVIII.

—¡Ah! Ya había olvidado; este siglo fino, minoritario, jesuita y saloncero, conciliabulista y rococó. Pero aquí somos dos salvajes. Y guardar las formas resulta improcedente... ¡Abrazame con primitividad!

—Yo te abrazo, caníbal de mi corazón, de todas las formas y sin ellas. Mientras subsistan las tuyas, y mientras la memoria de tu pobre banquero no empañe nuestra dicha, me tienes dispuesta a representar cerca de ti el amante polinesio, el héroe de las películas de O'Flaherty.

—¿Cuánto me gustan esas películas!

—¿Verdad que sí? Eso es lo que yo quería preguntarte antes: si sabías que nuestro azar de vivir amantes, solitarios y salvajes en una desierta isla, ha inspirado las mejores películas de estos tiempos y ha puesto de moda en el mundo el amor por lo polinesio, lo insulindo, lo malayo y lo mar del Sur; esto enloquece hoy a las naturistas juventudes euroamericanas.

—No lo sabía; pero no me extraña. Nuestro romanticismo dieciochesco es capaz de estas modas y de otras más absurdas. ¿Quién sabe el recibimiento que me harán en París, a mi vuelta de este naufragio! ¡Cuánta fotografía, interviú y noticiario sonoro sobre el modelo viviente que inspirara a Moana, Sombras Blancas, Trade Horn, West of Borneo, Cain, Tabú...

—No pensemos en París... Si no tendré que volverte a tratar amaneradamente...

—¿Con maneras? De ninguna manera... Corramos a nuestra caverna, y allí sigamos quemando nuestra pasión a la mayor gloria del cavernicolismo, puesto de moda por nosotros en el mundo!

VII

EN QUE MI CAVERNICOLOGO SE ENTRETIENE PINTANDOME RUPES- TREMENTE PERFILES DE IRREDENTAS

Llegada que fué la noche, y tras satisfacer nuestra apetencia deglutidora, encendimos un poco de fuego.

La noche estaba húmeda, ventilera, desapacible y tenebrosa. A la luz flámigera de la hoguera, mi adorable cavernícola destacaba su torso desnudo, envuelto en cabellos más encendidos y cálidos y deslumbrantes que el fuego mismo.

Quise suprimir de un soplo huracanado toda luz, abandonar toda historieta y sumirme otra vez en aquella lucha oscura y tierna de que nunca me saciaba con mi dulce enemiga. Pero ella, cruel e imposible, me evitó el más simple contacto, cogiendo un tizón amenazante, un tizón de los que asustarían a los mismos leones.

—¡No me importa que me abrasas con ese fuego!—le vociferé yo en mi tierno papel de héroe polinesio—. Más me abrasa el otro ardor, el que me consume aquí, aquí...

Y le señalaba, con toda precisión, mis propias entrañas.

—Si no pensaba tiznarte, incontentable Robinsón. Mira lo que deseaba hacer... En la pared espeluncal...

Y se puso a dibujar, al carboncillo, extraños rostros femeninos, hasta cubrir todo un fondo de la gruta. Le bastaban unos rápidos trazos, y la evocación plástica quedaba resuelta, ante mis ojos atónitos.

—Los paleontólogos tomarán esas pinturas, algún día, por hallazgos eneolíticos.

—Que las tomen a estas mujeres por lo que quieran. Me es igual. Esta noche quiero explicarte mi cuento con proyecciones.

—Puesto que pedagógica estás, y tizonera, sigue tu romance de ciego en aleluyas. Te escucho ya, mi caníbala.

—Mira. ¿Cómo dirás que se llamaba esta irredenta de Cogul?

—¿Qué sé yo, pobre náufrago ignorante!

—Pues Zenobia.

—¡Nombre extraño! ¡Suena como a morisco, como a romance fronterizo! Y es de hermosos rasgos su figura. ¿Era así de bella en la realidad cogulense?

—Mucho más. Sus ojos eran claros, con fijeza audaz, de felino. Su expresividad facial, constante, arrulladora. Y su voz resultaba hipnótica, con virtudes de hechizo. Se contaba en Cogul que por aquella mujer hubo serias y apasionadas querencias entre los escribas de la localidad, sobre todo por su aire exótico, pues procedía también de muy lejanas tierras. Pero se la llevó el más aparentemente tímido. Un poeta con mirada de nazareno.

—¿Y vivió dichosa con él?

—Con una dicha de poema, casi religiosa. Ella vió en aquel hombre nazareno eso que se adivina en los ojos de la *Pietà* miguelanguesa por el Cristo exánime, en su regazo. ¡Brava luchadora! ¡Magnífica amazona!

—¿Era el único caso de abnegación entre las irredentas de Cogul?

—No. La mayoría eran mujeres de escribas, de seres débiles, irritables, fantásticos y poco aptos para la lucha del vivir. ¿Ves esa otra?

—Sí.

—Esta es Amalia, otro espíritu de gran temple guerrero. Defendía su casa como una leona, mientras el marido, casi siempre enfermo, la tributaba miradas de gratitud indecible.

—Pero algunos de tales maridos las ayudarían en su irredención...

—Todos ellos, desde luego. Algunos, eficazísimamente. Contempla este rostro de rasgos un poco bacánticos, este rostro de mujer sanguínea, mediterránea, casi de matrona mitológica, como una especie de Pomona... Esta es María Luisa.

—¿Qué hacía esa María Luisa?

—Multiplíase de un modo extraordinario. No sólo en hijos, sino en obras e intervenciones sociales. Su marido era un escriba fuerte y pletórico. Entre los dos habían fundado un hogar que era más bien un campamento. Allí todo el mundo hacía la instrucción y se ocupaba en algo...

—¿Se daban entre ellas casos agudos de atención maternal?

—Sí. Pilar, por ejemplo, estaba enamorada de su único hijo. Y eso le quitaba—en el trato siempre algo áspero de toda irredenta—dureza. La nimbaba de una feminidad casera, hogareña, suave, retrógrada, deliciosa. También he de señalarte esta otra: Carmen era una mujer de tipo valquirio. Educada en un ambiente tenso y rebelde, adquirió un tono enérgico, enjuto, que contrastaba con el aire blando, dogmático y chanflón de la castiza mujer cogulense. La maternidad reunió en esta mujer fondos delicadísimos de sencillez y gracia, quedando muy bien en esa doble mezcla. Algo de eso le hacía falta a otra genuina irredenta: Matilde, la jurisperita, mujer que no había terminado aún de ecuacionar el código con el corazón.

—Y entre las solteras, ¿qué figuras me has pintado ahí? ¿Quién es esa con cara de antillana?

—¿Esa? ¡Espléndido ejemplar! Esa es Concha, Conchita. Esta muchacha, con ese pergeño de chica burguesa, modosa y buenísima, era un torpedito. Empezó un día a hacer gimnasia y a leer versos. En su casa comenzaron a alarmarse. De pronto, un cualquier momento, desapareció del hogar paterno.

—¿En alguna ráfaga amorosa?

—No. Si es una monja alférez. Casta y guerrillera. Se marchó inflamada de aventura y de mundo. Desde entonces su vida es un *bædeker*. Cuando me la encontraba, por las calles de Cogul, ya sabía cómo saludarla: "Y ahora, Concha, ¿a dónde vamos y de dónde venimos?" Y ella se electrizaba respondiendo: "¡Me marchó a África, vengo de América y he pasado por Oceanía!"

—Esa, Ernestina. Su irredención es mansa. Un alma lírica, que se escapa por la tubería del verso, como el humo por la chimenea de un cigarrillo.

—Y entre estas amazonas, ¿no había alguna con título nobiliario? ¿O era simplemente un núcleo de irredención pequenoburguesa?

—No. Había títulos. Observa este perfil de *Diana Cazadora*. Este perfil pertenece a una condesa. Arrastraba hombres y muchachos, como Diana lebreles. Tenía esa marcha de transfuga que enamoraba a los villarinos, a los hombres de casta distinta. Se la consideraba muy peligrosa. Mujer de fibra y de raza. Aquella exactitud y beatería que las castizas cogulenses de alta estirpe ponían en los sermones de los viejos sacerdotes de antaño, esta mujer los había puesto en el mundo cultural de las irredentas. Siempre estaba en todas partes, animando todo acto, todo conciliábulo, con una seriedad y una puntualidad que enloquecía a los nuevos Padres espirituales. El carcaj al hombro, la testa erguida, la pierna en avanzada marcha, jabalina en mano, y los lebreles detrás. Todas las irredentas la tenían cierta malquerencia muy explicable.

—¿Y dió algún resultado práctico todo ese conciliábulo irredento de Cogul?

—Ya lo creo. Todas estas mujeres fueron minando poco a poco las viejas organizaciones femeninas del país, dando un nuevo tono y moda a la mujer de la clase pequenoburguesa, muy descuidada por las antiguas instituciones. Las antiguas instituciones sabían manejar a la campesina y a la feudal. Pero toda esa clase nueva de mujeres oficinistas, estudiantes, profesionistas liberales, esposas de intelectuales, que pugnaban por una libertad económica y sexual, se les escapaba de las manos. Las irredentas de Cogul canalizaron esa fuerza y la pusieron al servicio de la revolución pequenoburguesa que estalló en Cogul.

—Merecerían altos premios de los nuevos poderes...

—Ya lo creo: amazonas como Trudis, María, Clara, Victoria y otras, alcanzaron distinciones solemnes, puestos importantísimos. Clara, por ejemplo, pasó a ser una figura nacional en Cogul. Hablaba muy bien aquella mujer.

—Todas las mujeres hablan bien.

—Pero ésta hablaba bien en público, cosa que no suelen hacerlo todas las mujeres, aunque sean irredentas.

—Y dime, caníbala mía, ¿las viejas instituciones sacrosantas de Cogul no reaccionaron, no intentaron nada, no se aprestaron a la defensa?

—Sí, algo hicieron, muy poco. Especialmente en el Norte del país. Tuve ocasión de visitar la sacerdotal ciudad de *Evaso*, donde los tradicionales prestes presentaron batalla con una institución muy curiosa, que te describiré otra noche... Mañana... Porque ahora...

—¡Ahora qué, salvaje dama!

—Ahora te permito que apagues la hoguera y me arrojes con tu amor. Tengo frío... Y hambre de verdades eternas... De tus verdades, hombre puro, ingenuo y primitivo, canibalísimo Robinsón...

(Concluirá.)

Documentos sobre la revolución española

Una de las exclamaciones que más me sorprendieron en la Italia fascista es cuando escuchaba de labios de señores respetables este grito para ellos, sin duda, mágico: *¡La nostra rivoluzione!* (¿Cuál habrá sido la *rivoluzione* de estos señores, a lo mejor gorditos y sonrientes?, me preguntaba yo.) Yo no he creído nunca excesivamente en la *rivoluzione fascista*, en cuanto *rivoluzione* de tiros y violencias. Me parece que la verdadera cosa *rivoltata* en Italia ha sido la vida jurídica y la concepción del Estado. Esa que algunos espíritus europeos comienzan a llamar "la revolución constructiva".

Pero mayor es mi asombro cuando en España escucho a republicanos de abril ese mismo grito, dicho, desde luego, con menor ardor que lo dicen los fascistas: *¡ah, nuestra revolución!*

Yo tampoco creo en la revolución española del 14 de abril. En cambio, voy creyendo en ese revoltijo destructivo y endémico, donde España se mete poco a poco, y en el cual—el primer sorprendido e intimidado—es el propio Gobierno republicano.

El que yo no crea excesivamente en la "revolución española", sobre todo como auténtica revolución, o sea, "constructiva", no tendría valor muy objetivo ni eficiente.

Pero es el caso que van sonando en el mundo europeo voces imparciales, exactas; ojos escrutadores y agudos que coinciden abundantemente en lo mismo. Y cuando no coinciden, y quieren hacer la apología, caen en ese tipo de elogio apergaminado y gentilhombrista que caracteriza ese libro tan poco comentado por quienes debía interesarlos. Aludo a "La révolution espagnole", de André Germain.

Germain y su "révolution".—¿Quién es André Germain? Yo le he conocido. Una mañana me telefoneó don Leopoldo Palacios para que almorzara en su casa, donde quería presentarme a André Germain. Acepté con gusto, pues siempre me interesa conocer a la gente.

De André Germain tenía pocas noticias. Sabía que era un pacifista muy clásico, muy francés, muy liberal (hijo de un padre muy rico), y animador de una revista en la que una mujer tenía sin embargo los pantalones del timón: Luisa Weiss. Sabía que había hecho unos "pelérinages" por Europa. Que había visitado a los alemanes. Que escribiera poemas y se interesara por la literatura nueva desde Proust a Dada. No sé por qué presentía en él una especie de Gómez de Baquero cocinado a la parisien.

En efecto, no me equivoqué mucho. En físico era el recuerdo alucinante del pobre "Andrenio". Bajito, pergaminoso, calvo, de voz queda y cansada, de sonrisilla cortante. "Andrenio" conservaba—sin embargo—, aún en sus últimos años, una preocupación muy española: esa del "hombrear". Se sentía conquistador de mujeres y fumador de habanos interminables, dentro siempre de una pulcritud muy a lo Valera.

Germain, le faltaba precisamente esa nota andrenista. Sus manos resultaban de principesa. Sus gestos, aterciopelados. Y su conjunto, el de un hombre—pavesa: que hubiera bastado soplarlo para pulverizarlo.

Don Leopoldo, que no es una pavesa precisamente, como hombre—tenía su casa por allá, en plena meseta chamartiniana. Y aquel día del almuerzo soplaban un viento feroz, de Castilla pura. Desde el primer resoplido del viento pensé que nos quedábamos sin comensal. Y así pasó. Apenas terminado un delicioso yantar, nuestro buen Germain, solicitado deshechamente una cama y se marchó a dormir o a rehacerse. Por consiguiente, no pude despegar boca ni saber directamente nada de nuestro futuro historiador republicano.

Don José Castillejo asistía a la misma comida, y gracias a su infatigable verba pudimos consolarnos de unas horas de conversación animada.

Cuando apareció el libro de Germain "La

Révolution espagnole", en 25 cuadritos, lo compré con viva curiosidad.

Germain dedicaba el libro a un representante genuino de la nueva juventud española: el duque de las Torres. "Une précoce expérience d'homme d'action, sage et concret, s'unit en vous aux spéculations illimitées du penseur."

Hay otro duque en el libro de Germain, al que también reconoce calidades de conductor de juventudes: el de Canalejas. "Erudit et zélé, auteur a vingt-cinq ans de plusieurs ouvrages, il est l'un des meilleurs représentants de la jeunesse."

Germain tuvo su principal miradero revolucionario en los salones aristocráticos de España. Por sus páginas aparecen desde Romanones, al duque de Alba y al golf de Puerta de Hierro. Como buen francés, su ambiente es el salón, la *causerie*. La calle y las masas están ausentes en sus observaciones. Y si aparecen en forma de comandante Franco y de Angel Pestaña, es dentro siempre de un ambiente *rococó*. Por ejemplo, a Franco, lo sitúa entre la de Noailles, Mlle. Voisin, Blum y un fondo elegante de *tour Eiffel*.

La "Révolution", de Germain, está hecha de un modo calendárico. Tarda casi un año en hacerla explotar. Porque Germain la prevé muy prematuramente, con mirada de señor zahorí. Desde el discurso de Sánchez Guerra la ve ya *devenir* (o de venir). Cuando la *révolution éclate*, Germain es de los hombres más felices. La cree un poco obra suya, en el fondo. Cree haber ganado frente a la madre Francia una catequesis más para el santoral de los Derechos del Hombre.

Desgraciadamente se le ocurre terminar el libro en mayo, cuando la quema de los conventos, y eso hace que lo limite, bastante cariacontecido, frente a "une situation brusquement aggravée".

La pseudo-révolution.—En el último número de *Plans*, dos franceses mucho menos apergaminados que Germain, hablan también de la *révolution espagnole*. Sólo que con el nombre de "pseudo-révolution". Sus ojos son jóvenes, escrutadores e insobornables, ojos para exactas confrontaciones, ya que contemplaron de cerca nada menos que la revolución rusa. El principal de ellos, Pierre Dominique, es el autor de un reciente volumen sobre el momento español, donde se pregunta si España camina hacia los soviets o hacia una dictadura.

En sus notas de *Plans*, sobre esta "nouvelle république bourgeoise", Dominique resume su punto de vista netamente:

"La revolución francesa ha sido como esas viejas que, en los límites de su ancianidad, paren todavía una criatura, un benjamín, al que se encariñan más que a los otros. Superada la Revolución francesa por su hijo el Socialismo Internacional, y por su nieta, la Revolución rusa, se le ocurre tener aún un pequeño: la Revolución española."

"Un chico que se le creería nacido en 1816. Y de hecho semeja, rasgo por rasgo, no sólo a la pasajera del 73, sino a una de las Repúblicas fundadas por Bolívar y sus tenientes entre Panamá y la Tierra de Fuego."

"Los revolucionarios suramericanos, los liberales, reaccionaron sobre todo contra el rey, que es lo que han hecho los republicanos españoles."

"No hay revolución española, hablando exactamente. Ni se la descubre aún: pues la tendencia profunda de estos románticos

El Robinson Literario de España

APARECERA MENSUALMENTE

(Si las circunstancias y la salud del autor no lo impiden)

retrasados, que son los pseudorrevolucionarios españoles, se opone a la revolución moderna.

"En 1931, estos hombres—intentan aplicar al Gobierno de un Estado moderno principios que fueron los de la Revolución francesa, los cuales, en su mayoría, resultaron nefastos o insuficientes, y a que si fueron buenos en su época no lo son ya."

"Y así se ha desarrollado en España un movimiento que—pariéndose progresivo y que parecía sacar a España del foso donde estaba caída—la ha dejado nuevamente en otro nivel que el de los acontecimientos."

Más aún: todos los que actualmente se hallan al poder emplean su furor contra la revolución verdadera, dedicando su habilidad a enmascarar al Estado, y así desviar y anular las fuerzas vivas de la Península, y negar mejor así esa revolución que—no obstante—tarde o temprano, se afirmará desde los Pirineos a Gibraltar."

Por su parte, Georges Dupeyron, que analiza el libro de Dominique y "La séptima República", de Pilniak, comenta:

"En lugar de mirar al porvenir, esta pseudorrevolución se inspira en el pasado. Lo que la hace un poco ridícula. En efecto, los "revolucionarios españoles, son en su mayoría, simples radical-socialistas, tales como se les elegía, allá por el 1898, entre nosotros; y que no tienen más ojos ni oídos que para la democracia a la francesa, para los Derechos del Hombre y el viejo jacobinismo individualista."

"Dicho de otro modo: se inspiran en lo que está ya condenado por la experiencia y tufo de ese cadáver."

"En España no se encuentra hoy, sobre todo, espíritu nuevo."

Describiendo después un personaje de la novela de Pilniak, una muchacha aborigen de la tierra de Vantch, y contemplando en sus ojos esa luz o espíritu nuevo, de que España carece, añade:

"¡Ah! Si Pierre Dominique hubiese encontrado en Barcelona, en Madrid, en Bilbao, en Sevilla, revolucionarios de *cette trempe, comme il aurait tout de douter des actuelles Cortès!*"

Crisis espiritual.—Otra observación de interés sobre la revolución española es esta que leo en el último número de "Crítica Fascista", de Roma:

"La España republicana no ha encontrado su paz todavía. Continuos conatos de revolución y motín someten a dura prueba la autoridad estatal y dan la impresión de que algo se está fraguando en ese agitado país. En estos últimos tiempos, España ha sido el pueblo de los experimentos más peligrosos. Desautorizada la monarquía constitucional con los pronunciamientos militares, se creyó encontrar salvación en la dictadura. Pero Primo de Rivera, no obstante sus óptimas intenciones, fracasó: la imposición de un régimen autoritario no bastaba. La enfermedad de España era más grave y era orgánica. Y he aquí que la revolución desemboca en la República, y en la República de izquierda... Pero España no se cura. Crisis moral más que política. Crisis espiritual. Y no desde ayer. En rigor, desde hace tres siglos. Desde que la acumulación del oro ultramarino paraliza la actividad nacional, y, junto a una inmensa riqueza acumulada entre pocos, se manifiesta una inmensa miseria entre las masas. El primer tipo de revolucionario español, o la primera expresión de decadencia de ese país, es el pícaro, y, la última (o actual) es el obrero que, entre el ideal republicano y el miraje socialista no encuentra su equilibrio espiritual. Y entre tanto España continúa resbalando por la peligrosa vertiente, en cuyo fondo sólo se hallan la abdicación y el caos."

Datos españoles.—A esta documentación extranjera sobre la revolución española podrían agregarse recientes datos españoles. Así, los últimos discursos de Ortega y Gasset, donde se siente resonar la decepción, la indignación y la amargura. Su calificativo

de "agria y triste" para la República imperante ha hecho un camino enorme en la conciencia española. También deben considerarse dentro de ese derrotismo, sus artículos de "Luz", en los cuales late una sorda desesperación contra algo ya irremediable. Y, además, denuncia que ese descontento es extensivo ya a las juventudes hispanas. Un poco más y llegará a confesar lo contrario de lo que creyó el mismo Ortega: o sea, que España es ya "antirrepublicana sin ser monárquica"...

También los oropeles de Melquiades Alvarez sobre la democracia española y tal, encierran un respetable pánico. Se ha cogido a Lerroux, este viejo repúblico reformista, como quien enarbola un sable, sin enterarse quizá de que el sable va estando cada vez más mellado y de panoplia.

En lo que respecta a las masas obreras, bastaba leer—por no citar otros órganos—el gran diario "Mundo Obrero", suspendido y destrozado por el momento. La crítica era implacable y clarividente. Y, ahora, esta pregunta: Una revolución, que se deja boicotear idealmente, ¿ha sido tal revolución?

Culto de la vaca



¿Por qué aparece tanto la vaca en la simbólica del arte y de la vida nueva? A mí me interesó la vaca desde que—inconscientemente—la utilicé en mi cuento alcantari-llero "Esa vaca y yo" (1927).

La vaca la he visto exaltada por Marc Chagall, Buster Keaton, Alberti, Buñuel... Por todo el movimiento hiperromántico de estos últimos años.

¿No es la vaca un complejo materno? La diosa Isis era en Egipto una vaca. Y esta diosa—aparecía con el sol entre la cueva—loca de doolr, mugiendo, buscando a su hijo Osiris. Era una de las primeras formas de plasmar una religión ese misterio que luego encontraría, en el catolicismo, su expresión en la *Pietá*, de Miguel Angel. Y ante—Grecia—en el complejo de Edipo.

Las películas norteamericanas sacan siempre protagonistas que sólo tiene madre. En la Rusia bolchevique, donde también reina el más decidid matriarcado, sólo hay atención hoy para el problema maternal. El padre no cuenta.

El viejo toro mediterráneo, patriarcal y donjuanesco—Zeus, Hércules—ha ido desapareciendo en estos últimos años y dejando su puesto a la materna vaca, de las ubres generosas y consteladas: nueva virgen madre.

Apunto, en esta nota—ayudadme a observar su desarrollo—el culto por la vaca, cada vez más patente y alucinante.

El Robinson Literario de España

EQUIVALE A UN LIBRO

Léalo tranquilamente, lector

Consérvelo, lector.

CONFESIONES. ILUSIONES

Voz del trapero.

Ceso un momento de escribir. Diez de la mañana. Es el pregón—de un trapero, ya viejo—que oigo desde mi infancia. Mi almudano. La voz de mi reposo y silencio. Casi de mi oración personal, a fuerza de oír la sin escucharla desde mi niñez. Pienso en el Archivo de la Palabra que ahora construye—Centro de Estudios Históricos—mi amigo Navarro Tomás, gran embalsamador de vestigios fonéticos. Ha sepultado ya para siempre, en el cenotafio negro del disco, la voz de Unamuno, de Baroja, de Juan Ramón, de Ortega, de Azorín... Pero, ¿ha salvado—mejor que esas voces—las anónimas y eternas de nuestros pregones? ¡Si yo tuviera el disco de mi trapero! Porque un día morirá ese viejecito. Y el día que muera se lleva un trozo—el menos aparente—de mí mismo; el que me une todavía a las mañanas de sol con mi abuela en la butaca: el que revive—en su voz de trapero y yo niño—la mirada de mi abuela sobre mí, cuando yo no la miraba; cuando ya no la puedo mirar más; ahora.

Despachos míos, con mesa y cielo.

Esta voz de mi trapero me hace enlazar al Centro de Estudios Históricos madrileño en una ilusión de niñez ya perdida. Pero, sin querer, me despierta otra de adolescencia: la ilusión de tener mi despacho en aquel laboratorio.

Desde adolescente yo he tenido la gran quimera de un despacho mío, en un lugar colectivo. A veces, en momentos de vitalidad extravertida, soñaba yo con el despacho magnífico de un departamento político, de una gran fábrica, de una Sociedad importante: muchos timbres y teléfonos y puertas que se abren y mecanógrafos y ujieres y un sofá con butacas donde sentar, un instante, a las visitas entre humos de pitillos dorados por la punta.

Pero las más de las ocasiones, este sueño del "mi despacho" se me concentraba en una celdita monástica, con sólo una mesa, unas papeletas limpiadas, unas estanterías de volúmenes especializados, y un trozo de cielo por la ventana.

Al final del bachillerato pasé unos veranos en El Escorial. Mi refugio cotidiano era la Biblioteca cenobítica del Monasterio. Yo no sabía bien qué leer. Leía enormes libros de época, sin temor a los tropezones latinos. Lo que me atraía era el silencio de aquella paz y el sonar inolvidable de las campanas de haldas del Padre Antolín, del Padre Miguel, del Padre Zarco... Y salir de aquel ambiente sin fecha, y sumergir mi paso por claustros solitarios y retumbantes.

Mi niñez y adolescencia tuvieron la ilusión de los libros, sin satisfacerla plenamente. En mi casa, sólo había un armario, con cristales verdes, donde se guardaban libros de contabilidad y algún folletín.

Gracias a las citas diarias con mi abuela, en cuya casa pasé mis mejores horas infantiles, pude complacer algo mi instinto. Mi abuela tenía pasión por la lectura, y había hecho una biblioteca de libros postrománticos, de esos precisamente que ha aludido en estos días el hispanista Zellars al plantearse la "Influencia de Walter Scott en España"; esto es, Trueba y Cosío, Estanislao de Cosca, Juan Cortada, Patricio de la Escosura, Eugenio de Ochoa, Pualgas, Enrique Gil, Ayguals de Izco, Villoslada, Fernández y González, Bolangero... Eran mi cinema de entonces aquellas novelitas sobre Ernestina, Alonso ed Onceno, Obispo, casado y rey... También la colección encuadrada de los primeros Blancos y Negros me enloquecía mucho. Casi me sabía de memoria los volúmenes a fuerza de reverlos diariamente.

Después, la Biblioteca Imperial de San Isidro, me suministró alimento desesperado e infinito: soledad claustral de ese rincón

entrañable para mí, de la calle de Toledo, de mi Facultad; de mis Filosofías y Letras...

Pero siempre eché de menos, y sigo echando siempre de menos, la fortuna de los que poseen la gran biblioteca patrimonial, los amplios salones alineados de libros, encuadernados pulcramente, entesados de sorpresas, de curiosidades repentinas, inéditas, siempre renovadas...

En la Universidad de Estrasburgo, donde fui lector de español dos años, cumplí bastante esa libido nativa... Tenía una mesa mía (mía no, sino del hispanista Eugenio Kohler, pero yo me la apropiaba en sus ausencias). Y esta mesa, junto a un ventanal, sobre la Plaza Brant, reposo, y lluvia, y bruma, y nieve, y alelamentos... Y al lado una gran estantería de especialidades románicas. ¡Cuántas horas, hasta quedarme sin sangre en las extremidades, y el corazón acelerado, y los ojos turbios, y todo yo, transido, cataleptico, en aquella mesa!

El Centro Histórico de Madrid me inspiró desde que lo conocí vivísimo amor. Estuve en él un mes haciendo papeletas, y me dieron unos duros, o tenía veinte años. Luego, a los veinticuatro, hice muchas más papeletas, y no me dieron nada. ¡Centro de la calle madrileña de Almagro, entre eucaliptos y gentes de buena voluntad!

Ahora llevo muchas noches a la nueva mansión del Palacio de Hielo. ¡Hermosos despachos! ¡Qué envidia y qué angustia! Hablo con todos los despachos y por todos los despachos. Todos me creen un dinámico, un inestable, un espíritu de calle y de acción. Todavía no ha adivinado ninguno de aquellos maestros—usufructuarios de mis despachos—el "artífex perezo", el artífice perdido que sueña en mí, sin provecho, sin piedad de nadie, sin consuelo exacto y total...

Aquí, desde mi mesa de hogar, mesa sobre la meseta, que mira el infinito manchego, sueño en un final de mi vida en una celda encerrada, de convento o de cárcel—me es lo mismo. Y una mesa, y unos libros, y unas hojas de papel, y una pluma, y una ventana al cielo, y en el cielo, mi niñez, satisfecha y beata finalmente.

La flor de mi casa.

Otra de mis grandes tristezas—mezclada de orgullo y de humildad—es esa de constatar, cada vez que pasan más años, mi destino de flor, que es el más terrible destino humano. No se sonrían ustedes; aun cuando vale la pena de sonreírse. Yo me sonrío a veces de ella; aun cuando no debiera sonreírme nunca.

La mayoría de los escritores suelen recoger en sí una tradición intelectual de su medio familiar ambiente, por pequeña que sea. Este, ha tenido un padre abogado con una gran biblioteca. Ese, fué educado por su madre en técnicas de gran sensibilidad. Aquél, desciende de una línea cultural con abolengo de siglos.

En mi familia, salvo un arcipreste que hubo en Sigüenza y dejó unos Sermonarios latinos dentro de una casita de El Pardo, no tengo otra tradición inmediata ni mediata—para incitarme a vocación intelectual. Desde niño he respirado una contraria atmósfera: de acción, de negocios, de números, de mercados y de especulaciones económicas.

Mi abuelo materno quería hacer de mí un negociante en Londres. Mis padres, un ingeniero.

Pero, en cambio, he tenido una fortuna que pudiera calificarse de mimética. El haberme desarrollado entre papel, tinta, lápices, sobres, máquinas de impresión y todos los materiales necesarios para que "la Humanidad pudiera expresar sus pensamientos".

Desde niño, mis ojos han contemplado las blancas estanterías de la tiendecita de mi padre—donde se guardaban lápices de todas las marcas. Y he sabido sacarlos punta,

y perderlos, y acariciarlos con la pasión infantil que se tiene por los lápices. Y he visto cargar sobre carros y camionetas resmas y resmas de papel, arrojadas en cubiertas azules, rotas por los cantos. Y después estas anchas hojas de las resmas quedar imitadas por máquinas potentes y rápidas, que las transformaban en libros. Y he aspirado, como mi perfume familiar, el olor acre de la tinta de imprimir. Y el de la cola de encuadernar. Y el amoníaco del enlutado de sobres. Y el vago aroma a sopa levemente putrefacta de las pasta de papel enclorada y machacada por el molino de fabricación. Y el vaho invernal y cariñoso de los tabores de secaje.

Mi vida se ha desarrollado en una cultura material del intelecto, del escribir.

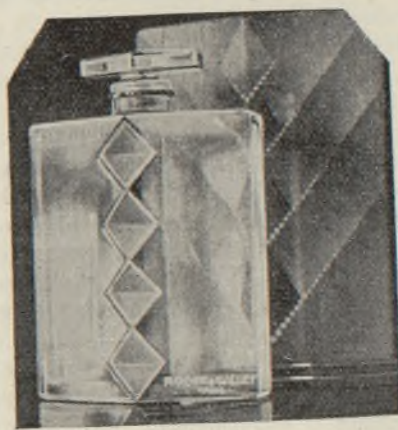
Es como si el hijo de un guardabosque naciese con pasión de cazador. Así, yo, con todas las piezas a mi alcance.

Cuando ahora escribo y escribo papeles y papeles—de todos los tamaños y colores—pues me entusiasma escribir el papel en todas sus combinaciones, me entran una ternura y una angustia indecibles.

Veo a mi padre trabajar día por día, horas y horas, en una santa continuidad de animador de todo este mecanismo que me rodea. Veo a mi hermano distribuirlo y regularlo. Y pasar junto a mi vera pila de papel. Y kilos de tinta. Y escucho rumores de múltiples máquinas. Y toda una organización apta para producir... ¿el qué? Precisamente, mi instrumental. "Lo que la Humanidad necesita para expresar sus pensamientos." No se sonrían ustedes; aunque vale la pena de sonreírse. Yo me sonrío; aun cuando no debiera sonreírme.

Como la tierra necesita de lluvia y escarado, y sudores humanos y esfuerzos vegetales y clasificación solar y todo el trabajo lento, callado, abnegado, durable y anónimo de infinitos factores productores para que un tallo crezca, crezca, crezca—y en su término se abra la inútil flor que vemos desde el camino— así yo—sobre la abnegación silenciosa de los míos—flor de mi casa, inútil, humilde y orgulloso, con todo el lujo y el peligro de este terrible destino tan hermoso. A la merced de ustedes, si quieren admirarme o pisotearme. ¡Flor de mi casa! ¡Ja, ja! No se rían ustedes. Aunque vale la pena de sonreírse. Yo muchas veces me río. Aunque nunca debiera, ni sonreírme.

Esencial-Club



No soy un hiperósmico. Pero tampoco un anósmico. No soy un artista del olfato. Pero tampoco una ignara pituitaria. Mas estoy seguro de que podría lograr—yo y ustedes—, para la integridad de nuestro paso por las riquezas del mundo, una cultura olfativa, con poco esfuerzo. Les invito—amigos míos— a la creación de un Curso de Esencias, que nos vaya sacando poco a poco de la barbarie olorística en que la civilización mecánica y estandarizada de hoy nos va sumiendo.

Es una antigua y persistente preocupación mía esa de la cultura nasal, que el mundo moderno ha desecado brutalmente. Con el desarrollo de la higiene, de la profilaxis inodora y de la vida naturista, la sensibilidad odorífica en el hombre ha disminuido considerablemente.

Siempre he tenido cierta superstición por el perfume. Y sin considerarme un hiperestésico del aroma, a veces he encontrado en un olor estremecimientos más reveladores que los de la música, de un cromatismo, de una caricia, de un atardecido y hasta de una idea. Si.

Si: a veces, la metafísica de un olor me ha valido para precipitarme a estratos étnicos y últimos de mi ser, mucho más que las introspecciones oníricas de una pesadilla.

He llegado a pensar en serio lo que sería para un grupo minoritario de gentes sensibles y apetentes organizar como un Laboratorio de Cultura nómica, olfativa. O dicho con términos menos pedantes: un Club de Esencias, un Esencial-Club, del modo como hay salas para conciertos musicales, y Galerías para Plasticidades, y Cámaras para el Amor, y Cursos para la delectación de Ideas, y Restauraciones para el Gusto del Manjar, y Fumaderos de Estupefacientes para el dolor de vivir.

Lo que propongo podría parecer de un refinamiento individualístico—lo sé—ofensivo para la época masiva, maciza, multitudinaria y colectivista que nos rodea cada vez más inexorablemente.

No. Yo no soy un enemigo de las masas. Ansío vehementemente la vuelta a una nueva Edad Media, donde—por ejemplo—el olor de un incienso vuelva a sumirnos en nueva comunión social y divina a todos.

Por hoy el único incienso que respiramos las multitudes es el de la gasolina. Y esa esencia no es precisamente para comulgar, sino para salir corriendo unos de otros. Así que mientras llega la nueva edad de oro, hemos de permitir la constitución de sectas, de grupos parciales, que alivien apetencias cada vez más perdidas. Hemos de tolerar un poco los pecados de las singularidades.

Mi afición teórica por el perfume—ya que en la práctica apenas lo utilizo—encontró fuerte incentivo al amistar con un pequeño brujo que, bajo el título de ingeniero químico, se dedica a la peregrina idea de combinar esencias volátiles para el mercado español.

Antiguo lector de LA GACETA LITERARIA, vino un día a mi casa para proponerme perfumar de jazmín un número que debíamos dedicar a Sevilla. Lo acepté gustosísimo e hicimos la prueba con cierto éxito sobre la tinta de imprenta. Cuando proyecté mi film "Esencia de Verbena", este gran amigo compuso en mi honor un pomo de auténtica asencia de flor de verbena, como quien compone un poema, una sinfonía o un menú, en ofrenda holocaustal.

Con él he hablado largamente de esa cultura del perfume a que me refiero. Mi amigo, sí, es un hiperósmico. Como los grandes técnicos del olfato, creo que llega a distinguir unos doscientos olores. Y así como los grandes filósofos saben andar por el bosque numérico sin equivocarse, sin despistarse, clasificando todos los senderos y rutas del pensar, así este magnífico pituitario sabe entrar en su laboratorio sin mareo alguno y distinguir exactamente el barullo fenomenal de innumerables esencias volatilizadas por el aire ocluso.

Yo he gozado, gracias a él, de lo que yo llamaba el coctel nasal. O sea: de la preparación sur place de ricas antologías olfativas, de deliciosos florilegios aromáticos.

Tomaba unos breves y lindos cartoncillos porosos. Los impregnaba alternativamente en las sustancias componentes, y como un buqué de fiesta me lo ofrecía para aspirar.

—¡Usted es el Chicote de las narices españolas, amigo mío! ¡Por qué no puede un Bar del Buen Olor, una Coctelería de la Aspiración? Por lo menos un Club, un Esencial-Club, donde nos inscribiéramos aquellos seres humanos deseosos de prolongar nuestra vida a dimensiones difíciles de alcanzar por otras vías sensibles y espirituales.

El me preguntaba cómo concebiría yo una tal organización:

Yo la concebiría así: Se dispondría de una

cámara especial que permitiese la congregación de varias personas catecúmenas. Con ventilaciones necesarias para un rápido cambio de volatilizaciones perfumadas, de modo que la atmósfera pudiera estar sujeta a un exacto kinamismo. Habría compartimentos individuales para "consultas a solas". El desvanecimiento y el trance serían considerados tierna y terapéuticamente. Se organizarían grandes sesiones o fiestas. Por ejemplo: la evocación del mundo griego a base de sus perfumes. La ambrosía en el aire daría la sensación de haber descendido un dios helénico a nuestro hoy. Se haría volar palomas con las alas humedecidas de violetas y rosas. Una de los clubistas se ungiría los brazos de menta, el pecho y las mejillas de palma, los cabellos de mejorana y las rodillas y cuello de esencia de yedra, pues así lo realizaban las más distinguidas mujeres áticas.

Evocaríamos refinamientos chinos, apretando entre los dedos bolas de ámbar, cáñamo y almizcle, con las que nos sumiríamos en un espasmo de pájaro oriental.

Hariamos renacer el aroma de la *Rosa de Oro* de los Papas. Y la delicadeza de los *sweet coffers* del Renacimiento inglés. Tendríamos una *still room maid* que nos destilase benjuí, menta, canela y tomillo, con los cuales atrer recuerdos de otras culturas, de otros climas y otros paisajes.

Veríamos así, por dentro, la frialdad nórdica con la primula y el tomillo. Y la Sicilia del limón y de la bergamota. Y la Sevilla del azahar a media noche. Y anotaríamos en el alma las flores que huelen de noche—todos los nictícalos—. Y todas las que huelen sólo de día—todas las ninfas albas y cerúleas—, y los nastos diurnos.

Atraeríamos el recuerdo de los jardines con luna. Y de las playas meridanas y salobres. Y de las putrefacciones alucinantes de un canal o de un pequeño cementerio aldeano. Cada clubista trataría de recuperar su vida con sus perfumes familiares, que se le construirían como anteojos del pasado. Aromas maternos: soledades en estancias infantiles y remotas; estelas impalpables de horas de amor.

Ensayaríamos las primeras aplicaciones del perfume sobre el cine sonoro. El olor de una calle de París, a esencia quemada y lluvia. La salubridad marina de un panorama oceanida. La suculencia de un banquete. El nimbo a violetas de un beso en el bosque...

Hariamos desfilas a poetas y artistas que nos describieran su poesía olfativa. Juan Ramón Jiménez nos haría la antología del jazmín, Pío Baroja—muy dotado de olfato—nos describiría puertos del mundo, con sus olores románticos.

Mæterlinck nos diría del olor de nieve. Fabricaríamos perfumes personales, en vez de tarjetas de identidad. De modo que a la persona más anónima se la pudiese reconocer en el acto por su aroma, ya que no por otra cosa.

Revisaríamos al aromerías popular de España. Y la cultura mecánica y exquisita de la perfumería parisiense. Inventaríamos olores, olores, matices, delirios. Valles de rosas mejor que los búlgaros y los rumeliotas. Plantaciones de tabaco. Cañaverales de trópico. Selvas de virginidad india.

Trataríamos de estructurar un perfume nacional. Y otro mundial: un perfume de masas, superior al humanitario y dieciochesco del agua de colonia. Perfume con evocación de cemento, electricidad, velocidades continentales, y falanges de obreros: una esencia social y total.

¡Cuánto no laboraríamos y gozaríamos, amigos míos! España: país sentimental, de olfato étnico y racial magnífico, recobraría una cultura casi perdida. Apenas salvada por los catadores de vinos andaluces y por las aspiradoras de rosas y claveles entre sangre de corrida de toros béticos.

Para ese Esencial-Club he aquí la primera inscripción: la mía, robinsoniana.

LEA USTED LOS PRIMEROS DE MES
"EL ROBINSON LITERARIO DE ESPAÑA"

Amiel o el confesor laico



Marañón ha puesto de moda, en estos días españoles, una figura netamente romántica de la Europa laica: el *confesionista* Amiel.

Me he cartado con Marañón en torno a esta figura. Amiel me había inspirado repugnancia hasta hace poco. Aquello de que el paisaje era el alma de uno en estado más o menos interesante, me repelia. De pronto—esta crisis ególatra e individualista que atravieso—me ha presentado a Amiel en atractiva familiaridad, y he sentido su mano que estrechaba la mía, paternamente.

Entre Amiel y yo, ha servido de enlace simpatizador, naturalmente, un clínico: Marañón. Amiel no ha tenido inconveniente en comunicarme todos sus trastornos sexuales. Yo no he visto gravedad en confiarle los míos, morales. Marañón—gracias a que no es un psiquiatra—nos ha entendido muy bien. Y si no ha traído un consuelo definitivo a nuestras almas desoladas, por lo menos nos ha ofrecido la lucidez de su diagnóstico, exacto.

¡Qué lástima que Marañón no viera el hábito de jesuita, ahora que todos los hombres de Jesús se han marchado de España! (El y Ortega, Baroja y Unamuno, Juan Ramón.) Yo he sostenido siempre que la fama de Marañón y su gloria en la Medicina, no se debe a su "cura de cuerpos", sino a su "cura de almas". A "lo cura" que es. Como lo es todo gran médico. Todo gran hechicero en una tribu. ¿Ustedes creen que la Medicina, o cura de cuerpos, ha progresado porque en vez de recetar el hechicero caldo de sapos con cuerda de ahorcado y un diente de parida, receta un específico preparado en Berlín? La Medicina no ha experimentado progreso alguno. El médico de fama sigue curando como el chaman cura a los poseídos de una tribu tibetana: a fuerza de sugestión y de magia: a fuerza de especificidad nigromántica.

De siglos es sabido que la "simpatía" es uno de los factores primordiales del médico. El "savoir faire". Por eso los grandes médicos fueron casi siempre judíos, esto es, almas laceradas de espíritu, capaces de todas las piadosas mentiras y verdades del hombre. El origen de la psiquiatría está en un médico judío. Freud. Y podría decirse, que la lucha contra el catolicismo la han sostenido principalmente: el judaísmo con sus médicos y el protestantismo, con sus líricos confesionistas. Porque el gran secreto católico, el que hacía y hace posible desde el milagro hasta la *extremaunción*, el que convertía al catolicismo en una religión superior, exquisita y europea, era ese: ese auténtico y divino sacramento del poder *confesarse*, sin miedo, sin pudor, frente a un alma atenta, paterna y absolvente. ¡Ah, la *confesión*!

Por arrancar ese secreto viene combatiendo la heterodoxia, los anticatólicos, desde siglos. Desde Montaigne, el semijudío. Desde Rousseau, el laico de la Naturaleza. Desde Amiel. Hasta Freud.

Esa higiene maravillosa de expulsar periódicamente las defecaciones espirituales, las atarjeas íntimas—en el alcantarillado general de un sistema—, que había logrado el catolicismo bajo la técnica de sus "curas de almas", y en especial de sus jesuitas, tenía que provocar a la larga revuelo de revolución, ensayos de rebatía.

Marañón—en el capítulo publicado en el último número de la *Revista de Occidente*—ve en Amiel quizá demasiadas cosas. Ve, ante todo, un *tímido superior*. Espero conocer el libro completo de nuestro querido "cura", para reunir todas sus visiones y confidencias sobre el "caso Amiel".

A mí Amiel—lo digo sin asomo alguno de pedantería—me parece un caso bastante sencillo. Porque no lo miro desde un punto de vista clínico, sino histórico.

Lo característico de Amiel—¿no es cierto, Marañón?—fué esto: *que siendo un hombre guapo y dotado regularmente de atributos varoniles, permaneció en castidad, examinando en un Diario sus pecados cotidianos, rezando diariamente a una "sola mujer", tan diferenciada y tan ideal que no la conocería nunca, y reuniendo en torno a un abar de almas femeninas que acudían cerca de este hombre a buscar consolaciones específicas.*

Pues bien: este *caso Amiel*, que hace escribir a nuestro Marañón un formidable y bellísimo estudio y movilizar toda una bibliografía copiosa y fatigada, no es, según mi parecer, sino uno de los centenares de casos que se produjeron *normalmente* bajo el clima católico. Es sencillamente Amiel: el tipo del *confesor*.

A poco que se frecuente la sociedad católica y se indague entre sus mujeres, se observará que aun hoy existen—en España, e nMadrid, sin ir más lejos—varios *Amieles* no menos interesantes que el suizo. Sacerdotes perfectamente dotados de atributos viriles, en perfecta castidad, rezando diariamente a una Inmaculada, una mujer ideal que no encuentran en este mundo, y en perfecta atracción y consuelo de almas rotas de mujeres. Es decir: tipos viriles que—por su castidad—sublimizan todo libido del sexo opuesto. Conduciendo tal libido a un sistema de base abnegatoria y despojada. Lo que pasa es que Amiel fué un *clérigo traidor*. Amiel tuvo el impudor—característico de todo laicismo—de referir al público "sus secretos confesionales, y sus propias vacilaciones, y sus propias debilidades, y su propia vileza humana". Amiel, como todo traidor, fué aprovechado, y se le pagó en publicidad el servicio, esto es, en su *misma moneda*.

Yo no puedo decir que el *caso de todo confesor* no sea interesantísimo clínicamente hablando. Lo que puedo decir es que no veo mayor interés específico en Amiel que en un Padre Gury cualquiera.

Si se compara el *Diario* de Amiel con una *Casística* católica, se vería el superior interés de esta última. ¿Ha leído, Marañón, la "Pupilla oculi", de Juan de Burgo, o el *Confessionale* de Bartolomé de Chaymin, o las obras de Lessius y Escobar?

¿Tiene Amiel mayor finura en los consejos a sus penitentes casadas, que esos latines deliciosos de nuestros famosos jesuitas: *Culpa vacans oscula quolibet honesta ant tactus in partes tum honestas, tum minus honestas (si leviter fiant) inter conjugales ratione affectus conjugalis demonstrandi ant amoris confovendi, etiamsi aliquando per accidente sequeretur involuntaria pollutio...*?

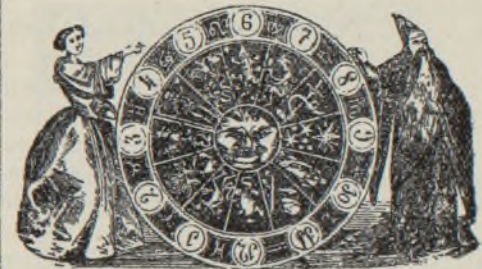
Amiel, como Rousseau, como Stendhal, como Dostoyevski, como Baroja, como Proust, como todos los herederos laicos del gran sistema católico, lo que hizo fué verter el confesionario en mitad de la calle, y en eso estuvo su valentía, su originalidad y su desfachatez. El novelista nace donde el confesor termina. El novelista es el confesor que rompe lo casuístico de la confesión: el secreto. Y secreto sin secreto es simplemente: escándalo. El *Diario* de Amiel es uno de los libros más escandalosos que se hayan escrito nunca. Porque Amiel no lo escribe para una casta profesional, como hiciera el autor de la *Theologia moralis universa*; Amiel no escribe un libro para técnicos ni clínicos: sino para todo el mundo, para los *propios penitentes*. Libro tremendamente desmoralizador... Gracias a que la mayoría de los penitentes no lo entiende. Como les ha sucedido a todos los grandes *curas modernos*. ¿Quién recoge los secretos técnicos de un Dostoyevski, de un Stendhal, de un

Baroja, de un Proust? Contadas almas, al fin y al cabo. Porque la técnica de "cura de almas" es resistente a toda democratización, a toda disolución. Es tan aristocrática que su ápice consiste en la *santidad*.

¡Lástima que España, país de santos, deje sin hábitos a los verdaderos Padres espirituales que comenzaban a merecerlo! Un Marañón, un Ortega, un Unamuno, un Baroja, un Juan Ramón... ¡Catolicidad de nuestros laicos! ¿No sería, el tiempo—ahora—de recuperar su traición de clérigos? ¿De reorganizar la disuelta Compañía con la esencia española de su nueva espiritualidad? ¿No visteis el estremecimiento de disgusto con que esas almas laicas acogieron el decreto disoluto de las otras, tradicionales?

Cuando en casa de Marañón acudo a visitarle, y me veo las salas de espera acumuladas de mujeres, y el criado me avisa, y Marañón—viril, casto y sonriente—me tiende la mano, hay siempre en mí un conato inconsciente de inclinarme ante esta mano y besármela; y, alzando los ojos, llamarle con el más viejo saludo de la débil humanidad: ¡Padre!

Fortuna del Robinson



Valéry Larbaud (París).

Tous mes meilleurs voeux et mes remerciements pour la lecture du Robinson Español. "El sombrero isabelino", c'est exactement ça; quelle charmante époque. ¡La gare d'Aranjuez!

Juan Guerrero (Alicante).

El secretario del excelentísimo Ayuntamiento de Alicante saluda al Robinson Literario de España, su querido amigo, y desde este destierro, donde halló refugio al desafiarse de aquel quinto piso (Clínica del doctor Bergamín, donde nos vimos la última vez), le envía su felicitación por la fuerte obra literaria, de profunda vena española, que viene realizando desde su islote madrileño. Deseándole un próspero año 1932.

Baltasar P. Miró (Agora. Barcelona).

Hoy, Gecé, corredor infatigable de circuitos imperiales, batidor de records artísticos, se ha refugiado en su chiquita isla de Robinson.

Pero por su cultura, por su hondo—y recio—espíritu hispánico, jóvenes españoles hemos visto en él un segundo Unamuno. Nuestro Unamuno. Y esperamos—ávidos—un brusco viraje de su isla literaria. Brusco y certero. Que estremezca el ambiente con trepidaciones de seguridad.

¿Qué ruta, pues, intenta seguir nuestro querido, nuestro—¿me permitís que hable en plural, jóvenes espíritus hispánicos?—entrañable Robinson?

(Fragmentos de un estudio.)

C. López Trescastro.
(Amanecer. Málaga).

Aquí tenemos, en medio de nuestra mesa, el último número de "El Robinson Literario de España", esa GACETA LITERARIA que Giménez Caballero, con gesto robinsoniano, de aislado, de abandonado, redacta íntegramente. Porque el "Gecé" de antaño se encuentra solo—único—en el centro del mundo de las letras. Han huído de él los demás escritores. No por desafecto ni animadversión. Sino por obligaciones "ineludibles".

Ernesto Giménez Caballero es el único que continúa haciendo literatura sinceramente, honradamente. Con espontaneidad. Como algo cotidiano y necesario. Como la hacía antes del advenimiento de la República. Su posición crítica, inflexible, dura, en las páginas de "El Robinsón Literario de España", tiene la solvencia de una postura limpia e imaculada. De una actitud pura.

Nosotros creemos que desde hace muchos años Giménez Caballero es un Robinsón de las letras españolas. Algo de ello ha tenido desde su aparición en el panorama intelectual de España. Seguramente Giménez Caballero, que conocía esta su predisposición, mejor dicho, su sentido robinsoniano, lo ha hecho surgir ahora de una manera clara y precisa. (De un estudio, fragmentos.)

Ramón (Buenos Aires).

Buenos Aires 24 diciembre 1931.

Mi querido y gran Ernesto: He leído con profunda curiosidad sus *Robinsones*. Como los niños dice usted la verdad, que queda flotando sobre las demás mentiras, convenciones e hipocresías.

Usted hace lo que yo intenté siempre; pero hacer justicia equitativa en España es de lo más difícil y amargo, ya que la fobia y la hipomanía, que se dan tanto por los altos de Maudes, hacen que el que pasea por allí con un niño bueno quiera matarlo.

Me hace gracia que usted sea casi el único que ha mantenido en mi ausencia el escribir desorejado, la labor a todo meter y sin lucro, la ascensión entre zarzales. Yo sostuve hace muchos años—más de los que me conviene propalar por lo joven que estoy—la revista *Prometeo*, que fué otro Robinsón. ¡Abrazémonos los Robinsones!

No estoy conforme con usted en algunas alusiones, entre ellas las que dedica a Ortega, que debe estar por encima de todo, porque es el valor supremo de España—y no porque lo invente uno u otro—, y corregirse ese modo que tiene usted de sincerarse dándose por resentido por lo que no fué. ¡Cuando es usted lo más que se puede ser, y de esa posesión inteligente y solitaria debe estar plenamente orgulloso!

Es usted tan arrebatado—por su verdadera y pura juventud—que moteja a la misma víctima de cuya defensa se encarga. Yo leo en su corazón la verdad; pero hay los que se aprovechan de al pie de la letra.

Sea usted más duro con los que se lo merecen, sin esa última caricia que dedica a los que de todas maneras han de ser sus enemigos, y no quiera arreglar la tragedia del intelectual distributivo en puridad y acepte la actitud de bello desaire diciéndole la desesperación de cada presente.

Dentro de pocas semanas, a mediados de febrero, estaré con usted en Madrid, nuestro Madrid, ya cumplida mi larga experiencia de América.

Espero con ansiedad ver ese espectáculo de laboratorio que es la España actual, que como pura España no debe dar el espectáculo de corderos y pastores, sino el espectáculo de su rebeldía esencial. ¡Que no la suprima nadie ese carácter señero!

En España tiene que haber eternos trocaminos, autores del grito pelado, enamorados del eco del páramo, locos de las cuevas. España sin eso sería una especie de modesta granja agropecuaria muy bien organizada, pero nada más, siempre chica.

Me parecen admirables los que creen que lo multitudinario no puede arrasar el espíritu individual que ha de inventar los nuevos caminos. Muy bien siempre, más eternamente que nada, los espíritus con nota propia, los creadores, los disconformes en medio de la conformidad.

Las almas de cierta clase han de estar siempre en rebelión, rebelión política, rebelión de amor, de concepto, de palabra, de forma literaria. Algunos tienen que actuar fuera de las leyes de grupo, con nueva consciencia, con arrebatos sin cálculo, con sus almas aún sin dueño.

El espíritu diáfano y cumbre de Castilla es esa actitud cuajada en idealidad de altas agujas. Hay que levantar el pendón de la Castilla delirante, que es la re-

gión cargada de historia desinteresada, de mérito en el habla más esparcida del mundo, de auténticos actos de fecundación de horizontes y de espiritual ejemplaridad en millones de almas.

Tenemos que hacer algunos que no se quede Castilla sin esa loca aspiración del espíritu, sin su delirio espiritual. Crimen como cometido con una nueva Grecia sería el que se cometiese con la generosa Castilla, que ha dado la prueba irrefutable de hidalga pobreza a través de sus visiones en abstracto del papel que incumbía a España en medio de los mapas.

El sentimiento de la valoración justa está más que en ningún sitio en la diáfanización central de Madrid, con su proximidad a la cristalera del cielo en el último piso de esa alta meseta, allí donde no se puede meter el pensamiento debajo del ceño, allí donde sólo se pueden alquitarar conjuntos y suposiciones en un tiempo mayor—el tiempo mayor que será el imperante—con equidistancia de los paisajes más diversos, sin abrumarse por ninguno.

Lo que hizo las grandezas de cada época fué la invención de un elemento más, de un elemento nuevo, de una esperanza no habida antes, algo más que una escuela reglamentación. ¡Búsquese ese elemento!

El parlamento nunca puede ser más que el parlamento, y con eso tiene bastante siendo la *virtud irremediable*. Fuera hay amplio sitio para los combates de las ideas, para la casilla lúcida del escritor con sus cristales opalescidos de albas, para las cosas que no pueden dejarse de pensar por ruido y confusión que haya en la calle.

Aparte de lo que hacen los creadores de nueva política—a los que admiro—, lo que hacen todos esos otros que se dedican sólo a ver la política—cuando hay quienes sólo tienen el deber de votar por los más radicales—me parece algo así como lo que hacen esos desocupados que ven asfaltar las calles parados al borde de las aceras y ocupando todo su día en eso. ¡Ganas de espectáculo fácil y de no hacer nada! Todos esos son capaces de decir: "Estamos asfaltando", cuando la verdad es que son unos mirones que están descuidando toda función vital y cultural.

Hay que hacer más, hay que hacer otras cosas. España es el país de los géneros literarios nuevos, de las místicas que llegan al de la especulación ejemplar, de las flores al mismo tiempo que los frutos, del acrecentamiento de los clásicos, del modelo de ser con la vista puesta en las estrellas del futuro.

Pero dejo la continuación de estas opiniones trascendentes para cuando llegue y me dé cuenta de cómo van las cosas.

Yo ya he cumplido aquí mi avatar, que además de darme cuenta de lo que es América en estos largos ocho meses, ha consistido como motivo principal—puesto que por ella he sido traído—en dar ocho conferencias en la prestigiosa sociedad Amigos del Arte, donde sólo han hablado en ciclo de conferencias hombres como Ortega, Kayserling, Frank, Morand. Después he dado catorce conferencias en doce días en Montevideo, algunas en Asunción del Paraguay, remontando el río Paraná en cuatro días de navegación, he hablado en Rosario, Córdoba, Azul, Santiago del Estero, Tucumán, Mendoza y, por fin, he hecho un viaje a Chile, donde todo ha ido tan bien como en los demás sitios, aunque la crisis del país haya consentido más palabras inspiradas que pingües ganancias.

En todas partes hubo buenas glosas, banquetes de las juventudes rebeldes que fraguan lo nuevo, regueros de amistad sincera y discusiones de los alfeñicados que no podían faltar, dada mi manera arbitraria y estentórea, pero que nada me han importado en ningún momento, porque desde niño he pasado por encima de todas esas cosas.

Esta ha sido una experiencia por los mapas a cuya parte discursadora no doy ningún mérito. El mérito es permanecer fiel a nuestras admiraciones y a nuestro fervor por la descripción y la idea, mas por el silencio fecundo. ¡No haber perdido ni un día para la digna adoración!

Voy ansioso de mi cuartilleo constante y de que sea verdad en mi vida siempre lo que sale después propalado en mi arte. Esa ecuación es la que interesa.

Yo no polemizo. A los que me conocen no tengo que darles ninguna explicación, porque están seguros de mí. El que tiene una situación arbitraria, rebelde, irredenta en plena disputa siempre no tiene que entrar en el malhumor de la polémica. Quédese la polémica para los que tienen que mantener su categoría inestable, porque no creída firmemente por nadie, es siempre fluctuante y vana, debiendo ser vidriosos, vanidos y combativos ellos mismos.

Habrà fiesta en Pombo para la colocación o entronización del cuadro de Solana, que ha viajado conmigo como aquellos cuadros de las Misiones que se distendían como mapas místicos cuando el misionero llegaba a poblado.

Hasta muy pronto, mi querido Ernesto. Reciba abrazos de su confraternal. Muchos recuerdos a los suyos. Si publica esta carta le ruego la publique íntegra.

"Gracia y Justicia" (Madrid).
(Fragmentos.)

Giménez Caballero, donde más se encuentra en su personalidad de Robinsón literario. Aquí está entero. Aquí está de "cuerpo presente".

El Robinsón coquetea con la cultura y con los idiomas. Sienta costillas con la pluma y deja la simiente de que no sería mal embajador en Roma..., lo que conviene mucho al sentimiento.

Nosotros le vemos todas las antenas, hasta la de su honestidad, bien frecuente. Y lo consideramos un producto superespañol. Sobrino de Larra y nieto de Pablillos. Valleciano pasado por Oxford. Embarojado y ortodoxo. Mussoliniano y soviético. Ex director de ese colegio de primera enseñanza, que era la "Gaceta Literaria". Encalpeado y enciapedado. Con carita de bobo para mejor filtrar su inteligencia. Señorito coleccionista de gestos proletarios.

¡Qué españolito nos ha salido el niño!
¡La importancia de llamarse Ernesto!

Jesús Cabedo (Murta. Valencia).
(Fragmentos.)

Cogemos LA GACETA LITERARIA. ¿Y qué tiene dentro LA GACETA LITERARIA? Nosotros que creíamos que éramos literatos habíamos sido infieles a lo literario durante varias semanas. Y, mientras tanto, lo literario nos había sido infiel a nosotros. LA GACETA LITERARIA hablaba de política, de lucha social. ¿Por qué se había de haber librado del morbo? La echamos al bolsillo con desilusión.

Ya hemos leído algo de este número de LA GACETA LITERARIA. Ya nos hemos reconciliado con el infiel. La infidelidad es tan bella, ha enfocado lo político desde un plano tan literario... Se ha actualizado, simplemente. No ha querido que nadie fuese a buscar LA GACETA LITERARIA con un folclore romántico de vals de Cremieux...

Jorge Carreras Andrade. "El Día"
Quito (Ecuador).
(Fragmentos.)

Siempre ha sido navegante este Robinsón Ernesto Giménez Caballero. Ha ido cogiendo el cabello de ángel a la luz del Mediterráneo, en barca de pescador o en cuatrimotor marino. Alcanzando en el aire naranjas de oxígeno y say. Catalogando el color del humo de veinte puertos. Escondiendo hallazgos auténticos bajo letreros ahuyentadores como "Círculo imperial" o "Trabalenguas sobre España". Prendiendo con alfileres paisajes balcánicos, franceses, italianos, para su colección de hombre del mundo. Parlando sabias cosas sefardíes. Navegando siempre; pero solo ahora Robinsón, por el levantamiento de la marinería. Naufrago, sin naufragio, encendiendo con pederla eterno su luz, su señal, y lanzando su "botella al mar" con un mensaje cifrado.

Robinsonismo.—Hasta ayer ha alimentado el individualismo de España el aislamiento en que ha vivido con respecto a Europa. La República es como su intento mayor de aproximación a la vida social. El pulmón español, encerrado entre cuatro paredes, puede por fin respirar plenamente el oxígeno del mundo. Irá clareando poco a poco ese bosque de individualismos oscuros, agazapados. Sólo quedarán las individualidades altas, luminosas, guadoras.

Tan ineludible es la corriente de solidaridad con el mundo despertada en estos tiempos, que el mismo Robinsón literario de España hace sus altas señales con afán de proselitismo, de compañía, y lanza el boletín de su islote con una clave y un itinerario. Luces simpáticas, signos, empiezan a encenderse en todas direcciones. Hasta el punto de que no sería raro ver aparecer una nueva escuela: el robinsonismo.

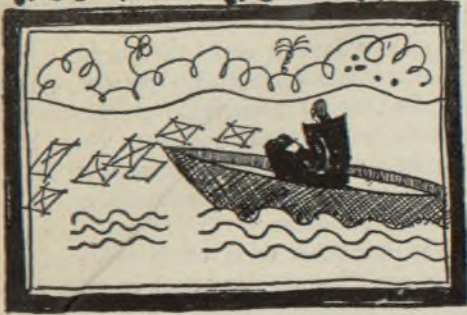
No sólo tiene un valor de actitud el boletín robinsoniano, sino una legítima trascendencia literaria. Sin quererlo, el hombre del islote está escribiendo los anales de la República de las letras. El anecdotario político más intencionado de la nueva España. Red extensa de voces alentadoras se ha tendido en torno del solitario y no está lejano el tiempo en que tenga que salir de su acantilado en hombros. Nicolás María de Urgoiti lo ha llamado "un caso excepcional en la literatura española y, sobre todo, en el periodismo". Y Eugenio Montes, el prosista más compacto y medular entre los nuevos, califica al Robinsón literario de "espejo de la anécdota artístico-política de la España actual".

El hombre mediterráneo.—Giménez Caballero ve el mundo a través de unos lentes. Su mirada está prisionera en celda de cristal, como la de otros pensadores mediterráneos. Mas sus lentes no se irisan con reflejos de piedad como los de Duhamel, ni se encienden con resplandores de contrición o de dud como los de Papini, sino que son lentes helados, captadores, insistentes, curiosos hasta doler, con una larga lanceta de luz en el centro para herir las cosas y remover su entraña.

No es el "hombre sentado", Ernesto Giménez Caballero, sino el hombre en marcha. A Nietzsche le llama "el Robinsón sublime". Escribe ensayos originalísimos e irónicos, sobre realistas, acerca de la República. Se escurre en su islote; pero siempre en la periferia, con atención al aro fijo del horizonte. Este Robinsón enciende el fuego en su soledad con un paquete de cartas en búlgaro, polaco, ruso, sefardí, esperanto; porque tiene amigos en los cuatro extremos del mundo. No cría vello ni se nutre de langostas orgullosamente como el profeta hebreo. "Nada de soberbia—nos dice él mismo—humildad y dolorido sentir."

En Giménez Caballero asistimos al drama del espíritu y el tiempo. Espíritu de soledad y tiempo de colectivismo, lo que vale decir de proselitismo. Ahí está la clave de sus actitudes, impares al principio y luego multiplicadas numerosamente. Fué milite máximo de la vanguardia, y ahora cuando el vanguardismo ha crecido hasta convertirse en modalidad al uso, se evade hacia un nuevo refugio delantero. Experimenta una "ansia feroz de desnudez, de simplicidad", de vida aislada y primitiva. Hace su profesión de fe individualista en "El Robinsón literario de España o la República de las letras" y a la vez nos grita su deseo—sed creciente—de un espejo las fases del crecimiento mental una disciplina. En su obra vemos como en de los jóvenes. La inquietud versorientada te con la palmera misántropa, robinsoniana; del hombre moderno. Convive temporalmente sólo hasta señalar el sitio de la futura colonia. Porque se agitan en él pigmentos misteriosos de la sangre de esos varones fundadores de órdenes religiosos que, metiéndose casi desnudos corazón adentro de la soledad, fueron seguidos por una verdadera milicia de creyentes y civilizaron el yermo. Bien haya esta soledad constructora, al servicio de los hombres. Barquitos unipersonales empiezan a aparecer aquí y allá sobre las olas humanas, siguiendo las huellas del Robinsón mediterráneo.

Servicios de estafeta



A don Conrado Goettig (Madrid).

No crea que he tomado en broma esa "Casa de los Poetas", señor don Conrado Goettig, fundador de esa "Casa de los Poetas". La prueba: que he sido hasta ahora su mejor propagandista. Y si no me acojo a ella, como gentilísimamente me ofrece, es porque no me considero lo suficiente poeta para tener una casa propia. Además, ello significaría abdicar de mi robinsonismo. Pero no se desanime. Comparto su bravísimo propósito de "que se considere un día, libre de toda burla, ostentar tras el nombre que llevamos, el otro de "Poeta". Pero no comparto de igual modo ese otro propósito, aunque sea más bravo que el anterior, de que todo poeta, al acercarse a esa casa, lo haga "en democracia pura y sin personalismo".

¡Dificilísimo borrar el puntillo vidrioso en un poeta! Pero ustedes, las gentes germánicas, son muy capaces de todo, en su genio organizador y aparatisco.

Me lo imagino a usted organizando a nuestros poetas, como aquel gran Schmidt un día organizara la Casa de Peñalara para los alpinistas madrileños. O como ese otro gran Hermann Heydt que está organizando los muebles, las piscinas, el hielo y no sé cuántas cosas más de los hijos de Madrid.

Sólo por el magnífico entusiasmo de usted, señor Conrado Goettig, se siente uno hasta poeta. ¡Que hermoso si lograra usted un desfile, de escritores, de cuatro en fondo, por las calles indolentes de Madrid! ¡Sea usted el Hitler de nuestra literatura, amigo don Conrado!

A Edgardo Salazar (París).

No le puedo contestar a vuelta de correo, querido amigo. Su cuestión me aterra: "Me permito preguntarle si al llegar a Madrid podrá trabajar, no importa cómo."

Precisamente para trabajar en Madrid lo que importa es cómo.

Usted se ha fiado demasiado—inexperto americano—de nuestro calificativo oficial: republicanos trabajadores.

Yo no me atrevo a insinuarle que se presente aquí sin un boleto preciso. Corre usted el riesgo de ser disuelto en la Plaza Mayor por un guardia de esos que le pegan hasta a los catedráticos. Como le sucedió a don Cándido Bolívar. Pero usted ni es Bolívar (aun cuando creo que es usted boliviano) ni es catedrático. Y no podría pedir luego para ese guardia cinco años de cárcel, en castigo.

Ahora bien; si usted quiere estudiar, investigar y trabajar en serio intelectualmente, puede venir en el acto. Todos los puestos están vacantes. La ciencia española no desea otra cosa que liberadores bolivianos. Pero debe realizar esto desinteresadamente. No se le ocurra pedir ayuda económica. Se

1.ª Serie (6 volúmenes)

de la Biblioteca

El Robinson Literario de España

Se pondrán a la venta un número limitado de ejemplares, encuadernados y numerados. Y firmados por su autor.

Los pedidos: a Canarias, 41, Madrid, y a Librería Fe, Puerta del Sol, 15, Madrid.

Leed los
los
anuncios
del



Caballero
de la
Triste
Figura

¿Quereis saber
de
política?

Por 7 ptas:
"La Historia del Pensamiento
Político catalán".
Redactada con angel y
gallardía por el gran Ossorio

¿Quereis saber
de
Sicadadura?

Por 5 ptas: los juicios que
mereció en el extranjero
Primo de Rivera, recopilados
por la filial memoria
de su hijo José Antonio

¿Quereis oír
la voz
de su Ama?

Comprad ese disco de 5 ptas.
"La voz del Viento". Su Ama
es la amorosa Ernestina de
Champourcin: agitadora profesional
de multitudes: de multitudes
de fibras sensibles.

¿Quereis
ilustraros
mucho?

Refinaid vuestra estética con
la "Monografía de Arte" de Rodin
por 10 ptas, sabios, técnicos. Os
contratarán enseguida para
las Misiones Pedagógicas.

¿Quereis
conocer a
las mujeres?

Por 5 ptas Gregorio Martínez
Sierra, os ha escrito "Nuevas
Cartas a las mujeres de España".
Gregorio conoce mucho a
María, su mujer admirable.

¿Quereis saber
del mundo?

El Caballero Andag os vende en
5 ptas las "Revelaciones de su
espejo mundano". Nunca he
yo del mundanal ruido este Caballero.

¿Quereis saber
de la Aurora?

El rosario de la Aurora son los hombres.
"Aurora y los Hombres". Los conoce.
Los desahura. (5 ptas.) Esta aurora nueva
de Francisco de Cossio.

¿Quereis saber
como se vive
de milagro?

De milagro vive todo escritor.
Gastad 8 ptas en los "Milagros" del
Padre Sureda! libro recomendado
por el beato Lafora. ¡Contribuid
al milagro del escritor en España, hermanos!

¿Quereis
un librero
de confianza?

¡Un fiel librero? Llegad
a la Puerta del Sol. Preguntad
por Fabian. ¡Es el hombre de

FE

le expulsaría como usted dice que hacen ya hasta nuestros queridos republicanos franceses: "los cuales eliminan sistemáticamente el trabajo extranjero". Venga y ya veremos lo que pasa. Estrecharemos un lacito más con Hispanoamérica.

A Nena Bachofen-Meyer (Zurich).

No se preocupe excesivamente, admirable traductora nuestra, por la situación económica de la cosa. Sé cómo está Alemania. ¡Pobre Alemania! Ya es bastante que se preocupe en difundir nuestros escritos por el mundo germánico. Si además de la difusión consigue la infusión ¡qué efusión!

A Germaine Dulac (París).

Me parece difícil, mi querida amiga, la realización de "Le Picador" en versión española en España. ¡Para picadores estamos ahora los españoles! Sin embargo, le aconsejo que hable con Claudio de la Torre en los Estudios Paramount, de París. El simpático amigo—podrá auxiliarla mejor que yo, ahora, simpática amiga.

A Joaquín de Gortázar (El Cairo).

Recibo tu mensaje, frente a Creta Mino-tauro, desde el "Katori Maru", y ante esa naturaleza muerta de tu lunch "pescado cocido, carne asada y pepinillos en vinagre".

¡Viaje piramidal el tuyo! Y el de Suárez Lorenzo. Pregunta a la Esfinge—al Lerroux de los fellahs—qué simón o simon se prepara ahora sobre el desierto español. Pregúntale también por las dinastías egipcias y los reyes pastores: y si se pasan bien cuarenta y un siglos enterrados en arena calentita. ¡Que el Padre Nilo y el Sagrado Ibis te protejan por todos los siglos de los siglos!

A Francisco Valdés, en Don Benito.

No se apure. Yo no me apuro porque ese periódico local no se atreva a publicar su interviú conmigo. La censura es mi elemento. Nací a la vida literaria entre bayonetas. La he desarrollado entre lápiz rojo. ¿Cómo va a ofenderme ahora que hay libertad de pensamiento, asociación, etc., el que, zás, zás, le machaquen a uno el pensamiento? Pero el pensamiento, ¿sabe, amigo, que es lo único inmachacable? Ni aun machacando la cabeza del que piensa el pensamiento. (Psi-que tiene alas desde su cuna griega.) Amigo Valdés: Quieto un instante... Así... Mire aquí... Al objetivo... ¡Ep!... ¡Ha salido volando un pajarito!

A distinguidas comunicantes.

Publicaremos, con extremo gusto, su evocación de Viera y Clavijo, y para no ofender su tendencia a la inhibición, señorita María Luisa Villalba, de La Laguna, saldrá el artículo con sólo sus modestas iniciales: M. L. V. ¡Complácida?—Mándeme esas obras desde Turin, señorita hispanista.—Publicaré lo suyo, joven turca de Estambul.

Sumario del Robinson

Mi peña pobre.—El paseante en Cortes.—Nuevo apunte sobre Azaña.—Los anteojos: Casas vacías; Abajo la guerra imperialista; Guardias.—Contactos universos.—Un peligro nacional: La vuelta de Don Quijote.—Majestad del sufrimiento, como dijo Vigny.—El Premio Marañón de "La Gaceta Literaria".—El paraguas de Pedro Salinas.—El Anarquismo y España: I. Problemática del individualismo español; II. Bakunin; III. La Edad Dorada.—Castilblanco.—Las Mujeres de Cogul (Folletín dieciochesco).—Confesiones, Ilusiones.—Culto de la vaca.—Documentos de la Revolución española.—Esencial-Club.—Amiel o el confesor laico.—Fortuna del Robinson.—Servicios de Estafeta.—Anuncios del Robinson.

COMPANÍA GENERAL DE ARTES GRÁFICAS